

Los
hombres que
dispersó
la **danza**

Andrés Henestrosa

Los hombres que dispersó la danza



**CONOCER
PARA DECIDIR**
EN APOYO A LA
INVESTIGACIÓN
ACADÉMICA

CONSEJO
EDITORIAL



MÉXICO • 2009

La presente se corresponde con las ediciones:
primera, COMPAÑÍA NACIONAL EDITORA “ÁGUILAS”, S.A., 1929
y segunda, IMPRENTA UNIVERSITARIA, 1945.

En la edición de 1997 se incorporaron textos olvidados en las anteriormente mencionadas: “La sirena del mar”, “La flor del higo”, “La cigarra y la iguana”, “La milpa salva a Jesús”, “La langosta”, “Los árboles y la sequía”; por ello, la que aquí se presenta fue considerada como definitiva a los ojos de su autor, el maestro Andrés Henestrosa.

La H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LX LEGISLATURA,
participa en la coedición de esta obra al
incorporarla a su serie CONOCER PARA DECIDIR

© 1929-2008

ANDRÉS HENESTROSA

© 2008-2009

CIBELES HENESTROSA RÍOS

© 1997-2009

Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-970-701-991-1

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

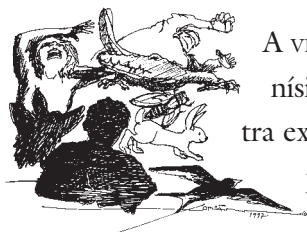
www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

Para Martina Henestrosa, mi madre

Prólogo

Luis Cardoza y Aragón



A VECES he imaginado una biblioteca mexicana que encerrara lo fundamental de nuestra expresión. En ella, los libros de mentalidad primitiva, recopilados en forma fiel y directa, ocuparían importante sitio.

Acaso sea el camino primero que se ofrece en una tentativa de realización de esta cosecha. De igual manera que en el paisaje urbano o campesino, que en la arquitectura, la pintura o la danza, como en nuestra propia sangre, percibiríamos las modificaciones progresivas experimentadas por el espíritu. Sangre y paisaje y espíritu son diferentes en cada tramo de esta escala siempre sin cielo. En tal biblioteca formada con las esencias de lo nuestro más nuestro, la literatura indígena serviría de cimiento como el gran cúe sirvió a la Catedral. Y podríamos llegar casi hasta la piedra de sacrificios y al heroísmo del mito, con la misma sencillez que contemplamos hoy las alas del avión sobre la pirámide de Teotihuacán. Integraríamos una breve colección hecha toda de materias explosivas: no la comprendo grande por el número de obras, sino grande por la vigencia de su energía poética. Algo así como un incendio desmayado y latente, como una desolada droga.

La poesía indígena me interesa en su forma primitiva y cuando me entero –casi instintivamente, podría afirmarlo– de que se le ha respetado. Es indispensable que se nos dé con su barbarie y su extraño refinamiento, su ritmo y sus repeticiones, sus insistencias y juegos característicos. Cuando se nos presenta siguiendo ejemplos occidentales –sonetos mayas o aztecas, podríamos decir exagerando– es claro que nos ha llenado de horror tal pureza de los traductores. Esta poesía no permite ninguna componenda, ninguna intromisión de inteligencias calculadoras: el orden que éstas suelen establecer, casi siempre es la devastación de una arquitectura que no sienten y ni siquiera sospechan. Ya que no podemos llegar, por dificultades idiomáticas, a sus fuentes auténticas, que aquellos que se ocupan en traducciones se limiten a mostrarnos, con lealtad y exactitud, el mundo que rescatan. Fuera de la versión ¡que nos den las notas que deseen, las interpretaciones que se les ocurran! Pero que presenten los textos con el mínimo maquillaje hacedero. Por encima de la explicación erudita, de las soluciones que propone la crítica histórica y el conocimiento de la mentalidad primitiva, siempre se filtrará lo principal, como ha acontecido con monumentos mucho más accesibles y comprobables, minuciosamente escudriñados: la *Vita Nova*, por ejemplo. Existe otra solución preferida por mí: la que da la experiencia poética. Los eruditos probarán esto y aquello, dudarán o negarán tal o cual cosa, pero la verdad del poema sigue viviendo por encima de las comprobaciones y de los reales o imaginarios sucesos.

Un libro como *Los hombres que dispersó la danza* formaría en esa ideal biblioteca encendida. Despojado de literatura, escrito en lengua sencilla, su autor supo recoger y tratar la imponderable materia de las leyendas. Difícil esfuerzo, porque no se dedica a la traducción propiamente, ni a simple recopilación directa de tradiciones orales, sino a la organización de un conjunto en que se hace indispensable la intervención personal al desenterrar y unir gran parte de los dispersos fragmentos. Andrés Henestrosa ha procedido recorriendo múltiples caminos: desde el erudito hasta el libérrimo de la intuición poética. Ha soldado, autógenamente, con materia de poesía y de la propia poesía zapoteca, las piezas que encontró en sus estudios filológicos e históricos, en su sangre y sus recuerdos de infancia, así como en lo que han provocado esos recuerdos en su adulto corazón.

Clara es la unidad en este mosaico mitológico de su raza. No es posible distinguir entre lo suyo y entre lo que casi hecho encontró en labios de contadores de consejas y leyendas en su Juchitán nativo. A veces la imagen se ofrece muy moderna; pero con la modernidad y el sabor peculiar, indefinible y modernísimo que encontramos en los textos más elementales. Cuando nacieron estas leyendas tuvieron forma parecida a aquella con que Andrés Henestrosa las presenta en *Los hombres que dispersó la danza*. Y así, cuando se advierte que el lenguaje del libro es diáfano y dulcemente rodante, se podría argüir que se trata de un esfuerzo “literario”, de que es una

lengua artificiosamente elaborada. Exacto es ello, en cierto modo: es una lengua pulida, añejamente limada, que ha ido perdiendo lo superfluo, todas las aristas, al rodar de generación en generación, hasta adquirir esta presencia, limpia y sencilla, como la de un caracol que el mar, aun dormido, ha lavado sobre la arena de la playa.

No podríamos decir que él trajo las leyendas desde sus profundidades y que nos las muestra a la claridad desierta de la lámpara, como algo extrañamente bello y extrañamente exótico. Su intención no es traer el pasado hasta el presente o el mañana, sino llevar ese mañana o nuestro presente hasta el pasado. Presente y mañana viven en el pasado. Y esta vida es la fuerza de las leyendas, su cielo permanente.

Leyendo poesía indígena ¡cuántas veces nos hemos sorprendido de la audacia de sus metáforas, de su refinadísima manera de expresar un suceso, de sintetizar una emoción! No llega a nosotros como borrado fósil que nos causa curiosidad y al cual queremos animar como a la rana galvánica. En Andrés Henestrosa vive esta poesía con la autenticidad de lo arraigadamente popular. El pasado de su raza, muy remoto o ya humedecido por el agua bendita, nos lo muestra como presente, castizamente, porque todo el material de sus leyendas fue organizado desde dentro.

El extranjero, por lo general, se sitúa frente al indígena en forma radicalmente equivocada: lleno de protectora pasión o lleno de antipatía y de prejuicios, otra mala manera románti-

ca de aquilatarlo. Andrés Henestrosa no sufre ninguno de estos extremos: siéntese feliz en el medio más refinado, y las obras y reacciones de su raza las vive con entrañable amor y con la serenidad que le proporciona el conocimiento de semejantes actitudes.

Es un gran desconfiado, y acaso sin su sensibilidad para lo extranjero no habría gustado las tradiciones de su pueblo. De su capacidad de asimilación, de su conocimiento de otras poesías, surgió en él la confianza y el amor de lo propio. Bien sabemos que de la apasionada curiosidad y entendimiento de la cultura de otros pueblos, sobre todo de las influencias más opuestas, surge la fecundación individual y nacional. Andrés Henestrosa escribió estas páginas siendo extremadamente joven, cuando su poder de asimilación fue mayor, cuando estuvo más despierta su voracidad espiritual. Son un producto de su gula, de su encuentro consigo mismo, después de haberle dado la vuelta al mundo apresuradamente. Su sensibilidad para lo extranjero halló en estas leyendas un incentivo particular, porque si no todas son puramente indígenas, en cambio todas representan una hora clara del mestizaje primitivo. Quiero decir, que son leyendas llenas de mezclas, llenas de impurezas, y que, por lo mismo, con sus contradicciones espirituales, con sus dos mundos conciliados a medias, tienen proximidad mayor a que si fuesen puramente zapotecas o puramente hispánicas.

La impureza del mestizaje es, para mí, una pureza nueva: la que tiene la piedra rodada por el río y bajo el sol. Las leyen-

das se hallan como nuestra sangre: entre las pirámides y la catedral. Nuestra vida es la de dos mundos conciliados a medias y de su batalla nace el rostro de hoy y la grandeza de mañana. Aún no se ha asentado, aún no se ha reposado la sangre, ni ha cristalizado su confuso fervor enorme. Estas leyendas no sirvieron de pretexto para personales fantasías: su equilibrio está hecho con la materia misma del respeto. Fidelidad a su impureza, es decir, a su fértil y torturante condición, siempre de más complicada enjundia que la pretendida asepsia de otras manifestaciones.

(La pureza de lo griego más puro es síntesis perfecta de elementos extraños, entre los cuales los elementos bárbaros tienen grandísima importancia. Acaso sin la capacidad extraordinaria de ese extraordinario pueblo para sentir lo extranjero y modificarlo, no se habría creado una cultura con tan magnífica vigencia. Echaron a rodar dentro de sí aquellos sedimentos y con luz y tacto, genio y pasión, filtraron las aguas negras de los bárbaros, las hicieron potables.)

Sólo espíritus simples pueden imaginar que las civilizaciones primitivas nos ofrecen un arte simple. Lo que imagina como tal son abstracciones que a fuerza de complejidad y de pureza llegan al símbolo, al mito, cuando la palabra y la forma no se bastan por sí mismas. Pero no se dan cuenta de ello, y menos aún de que el folklore es una filosofía primitiva, una interpretación del mundo visible y del mundo invisible. En el símbolo, en el mito, forma y palabra están más allá de sí mis-

mas, o si queréis, y esto me parece más exacto, se encuentran en su naturaleza verdadera: la del encantamiento. Llamar las cosas por su nombre es obra de toda poesía auténtica.

Bien sabemos que el arte posee un orden nuevo y propio, diferente del de la vida, gran maestra barroca. Dentro de su orden requiere la impureza que elogiamos: hasta la pasión de lo absoluto es una de sus inevitables presencias. Cuando frente al universo se pone a soñar el primitivo, a conocer y a meditar —a soñar, hemos dicho—, surge de su terror y de su asombro, de su amor y su desesperación, la palabra o la cifra que ejerce dominio sobre cosas, seres, elementos. La niñez en el hombre primitivo vive hasta su muerte. Y sólo en tal edad primera, el hombre es un auténtico creador. En el artista, la facultad de llamar las cosas por su nombre también perdura: sigue siendo primitivo. El primitivo rodea de misterio, descubriendo cotidianamente el mundo; es un niño y un artista: vive entre poderes partidarios y poderes adversos, familiarmente, respirándoles, llevándoles a su sangre como alimento. Los mitos, las leyendas, la poesía lírica, es comprobación de ese ámbito en que dioses y hombres se aman y destrozan. Para sentir ese mundo en su verdad postrera, es necesario participar de tales estados de gracia: niñez, primitivismo, poesía. En el arte de pueblos primitivos encontramos verdad y encontramos mucho de lo que desconsolada y desesperadamente persigue nuestro espíritu. Frente al cansancio de gastados refinamientos, de falsos clasicismos, lo primitivo ofrece un cielo sin mácula y tan-

gible, concreto y brutal. Ningún libro moderno, ninguna prolija explicación erudita puede restituirme el mundo primitivo de Anáhuac como lo hace, instantánea y prodigiosamente, la Diosa de la Muerte: Coatlicue.

Los hombres que dispersó la danza habría tenido para mí aún mayor interés si su mundo hubiese sido más bárbaro y remoto; pero de toda esa primitiva mitología zapoteca, que cabe suponer tan varia y extensa como la más rica de nuestras razas aborígenes, queda poco desgraciadamente. En esta obra hay algo de ese mundo casi extraterrestre, ya no como un incendio, sino como un resplandor. Su detonante materia voló hecha pedazos con un mundo del cual sólo tenemos puñados de cenizas. Entre ellas, aún calientes, con un calor que parece que nunca han de perder, hacen irrupción las presencias occidentales. Y eso somos hoy: fuego en rescoldo y ceniza mojada con agua bendita; ceniza con la cual hemos trazado sobre la frente, alguna vez, una pequeña cruz, temblorosa como una greca pertinaz.

En *Retrato de mi madre*, fragmentos de próximo libro, hay una faz nueva de las cosas de Andrés Henestrosa. Encontramos su tierra, su niñez y una imagen de su madre llena de ternura, de sencillez y de nobleza. Son, en cierto modo, las cosas éstas de sus leyendas mezcladas ya en el sueño que es el recuerdo. En sus páginas hay una atmósfera personal, claramente expuesta: nos llega a todos y sentimos seres y paisajes con la transmutación que dan las palabras exactas. Crea su

propia leyenda, la mitología de su infancia. No son numerosos los que poseen capacidad para percibir la luz y la alegría, el dolor y la noche; los que como Andrés Henestrosa saben reconcentrarse en su polvo fervoroso, igualmente propicio a la flor y a la espina. Quiere a su tierra, al Istmo de Tehuantepec, viviéndolo en su historia real y en su imaginaria historia. Estas leyendas poseen el paisaje espiritual y material del Istmo, como un personaje mudo y decisivo, tal como lo encontramos en *Retrato de mi madre*. Pueblo y hombre mezclan sus edades –ayer, hoy, mañana–, se reconocen mutuamente y se reconcilian en su sangre donde “las flores, los animales, los hombres, las aves, todos aprendieron español”.

La crítica, entre nosotros, casi no ha salido todavía del género panegírico, sino en casos muy contados. Nunca escribo sobre lo que no hace nacer en mí profundos sentimientos; sobre lo que no constituye una experiencia. Escribo sobre aquello que reclama palabras exaltadas, elogios o denuestos; sobre lo que me puede servir de punto de partida para mis propias cosas, de la misma manera que un dolor. Me solaza discurrir sobre lo que solicita mi pasión y mi inteligencia, librar batalla... Tal es el caso de *Los hombres que dispersó la danza*: hay algo nuestro, como en *Retrato de mi madre*, que no encontramos en la literatura mexicana del siglo XIX, y que sólo con *La tierra del faisán y del venado* de Mediz Bolio, *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes y con *Canek* de Abreu Gómez tiene cierta relación.

Dos caminos: el puro de la tradición oral o escrita que, sin ser el ejemplo exacto, podemos imaginar en este caso, en *Los hombres que dispersó la danza*; y el otro: lo regional más íntimo, con sus tradiciones y costumbres, llevado a una experiencia en la que hay sublimación más o menos completa: *Retrato de mi madre*. En *La tierra del faisán y del venado* encontramos un carácter híbrido que, muchas veces, nos descuenta: confusión de los dos caminos. Fragmentos de pureza primitiva, de antiguo, legítimo acento, mezclados con literatura sentimental. Sin embargo, Mediz Bolio fue el primero en lograr una obra de esa índole, con tal intención primorosa.

En los escritores del siglo pasado no hallamos ese amor preciso por una región, un pueblo, una raza. Realizaron obra dispersa, acaso más ambiciosa, y, en muchos casos, realmente de enorme significación. La lección de Fernández de Lizardi es extraordinaria: tiene la grandeza de constituir un cuadro amenísimo y magistral del mestizaje en el siglo XIX. No se refiere a ninguna comarca, a ninguna raza. Pintó el fresco ciudadano, que de por sí es la imagen más clara de contradicciones y de mezclas. Con los estudios folklóricos, con el interés por las artes populares, con la revalorización de las culturas primitivas, fue surgiendo ese fervor en formas diferentes a las ya ensayadas. Todo ello no provino de los acontecimientos locales solamente, sino también del interés universal por las culturas aborígenes.

El musgo que cubría la roca se transformó en selva y la presencia sumergida del indio, la naturaleza misma fueron

creciendo con ahínco dentro de la necesidad de nuestra expresión. Un crecimiento caótico y brutal, desmesurado y vasto, muchas veces, como era de esperarse, hasta por crisis infantil de desarrollo, en el estéril afán de contrastar con cierta delicadeza europea. Deformación, en una palabra, que ya se empieza a dominar. Estas etapas las contemplamos con claridad en la pintura contemporánea, en la música de Silvestre Revueltas y en las letras. ¡Qué lejos ya el realismo del pasado siglo y las novelas de costumbres! ¡Y qué bellas novelas de costumbres tenemos en México y en toda América, con sus telones de manta y sus personajes románticos o adocenados, llenos de gracia ingenua! Representan en la literatura una especie de sexo débil frente a la reciedumbre de la nueva novela americana. *Clemencia* de Altamirano, *María* de Jorge Isaacs o *Amalia* de Mármol frente al Demetrio Macías de *Los de abajo* o *Don Segundo Sombra*. Sin embargo, pienso que la mayor parte de nuestra novela actual, llamada revolucionaria, difícilmente alcanzará un carácter positivo semejante. En la obra que emprende Andrés Henestrosa, nuevo es el camino, nuevo y diferente también de eso que hoy llamamos “novela criolla”. En su propósito, la invasión de poesía es primordial. Sin ella, paisajes, corrientes remotas o contemporáneas, no llegan a la vida.

Nunca me han interesado los regionalismos y hasta sigo creyendo que el folklore ha impedido el pleno desenvolvimiento de un arte nacional. Pero este libro es más que un

documento. Su regionalismo tiene interés diverso: la mentalidad primitiva posee naturaleza general siempre valiosa por encima de cualquier frontera. Uno y común es en todos los hombres ese fermento que ha creado mitos, religiones y leyendas. Andrés Henestrosa recoge la levadura de su raza, lo universal en ella, el conflicto entre la mentalidad pagana y la mentalidad cristiana, vivo aún no sólo en su pueblo, sino en su corazón y en mi corazón.

Pienso en Rubén y en su eterna poesía: “Poema de Otoño” –citemos un ejemplo vivo en la memoria de todos–, para percibir este conflicto, esta presencia indígena en plano de transposición completa, no comprendida aún en todo su entrañable americanismo. No podemos llegar a una significación universal sin apasionarnos por lo más íntimo, con nuestra tierra y nuestra sangre. Es el amor, común a todos los hombres, lo que apasiona, y no el marco en que se mueve y canta. El marco aísla y sitúa nuestro amor. Y por barroco que sea el marco, nunca es lo esencial. Cercana está esa literatura cosmopolitana de la posguerra, muerta al nacer, que con su cosmopolitismo no es de ninguna parte, ni va a ninguna parte, ni vive a fondo ninguna pasión, sino la muy vaga de no querer ser de parte alguna, para intentar, en vano, ser de todas partes.

¡Qué diferente la tragedia honda y maravillosa del anhelo de evasión en el romanticismo! Y bien sé yo, como sabía Don Quijote que su Dulcinea era del Toboso, que en el corazón de Andrés Henestrosa y en el mío no existe ese regionalismo

sentimental que aún preocupa a muchos desarraigados, precisamente por desarraigados: lo cultivan como defensa.

Los materiales con que trabaja Andrés Henestrosa, son extremadamente delicados. Su nitidez se mancha con extraordinaria facilidad. No se trata de una restauración histórica, es decir, de una ficción. En zapoteca dijo sus primeras palabras y pensó, mucho antes de dominar el español. Debemos contarle entre los primeros en saber las limitaciones de un regionalismo recalitrante y entre quienes mejor lo saben. Su posición, nítida y fecunda: busca a través de lo propio, lo íntimo y grande del conflicto, las pasiones que por ser tan particulares pueden interesar a todos. Y por ello no es un azar que iniciara su obra con estas páginas. Él era el único que podía escribirlas con tanta autenticidad y tanto amor: tal es el sentido de *Los hombres que dispersó la danza*.

El espíritu de las leyendas se evapora con la menor contaminación. Y así, aun cuando las leyésemos escritas con el lenguaje más elaborado, comprobaríamos la diferencia que hay entre arte auténtico y literatura. Lo popular, pulido por el tiempo, purificado por la sabiduría de la sangre, exige el despojo absoluto de todo artificio. Si en los años de la infancia alguien puso en nuestra cabeza, como semilla peligrosa, estos cuentos y leyendas y nos causaron una impresión que no se borraré jamás, es que por caminos certeros llegaron al corazón. Más tarde el problema es otro y el mismo: llegar al corazón y

restituirnos con palabras económicas y sobrias, el mundo de la niñez, la propia y la de nuestro pueblo.

¿Qué es, en gran parte, esa novela criolla, esa novela americana contemporánea? Desde luego, la fácil posibilidad inútil de una novela americana en el sentido opuesto, justamente, a que Darío es americano. Una posibilidad vista pronta y ampliamente por su abultado carácter, en donde el personaje es la barbarie misma, o debería ser con algo o mucho de su esplendor y sin su enorme limitación pintoresca. Millares de autores escribieron y siguen escribiendo millares de cuentos o novelas, hasta constituir un mar caótico de vulgaridades, requisitorias, anécdotas, descripciones. ¡Y todo ello con los más pueriles y retóricos recursos de vocabularios populares o sus falsificaciones insufribles! Se han engolosinado frente a un tosco espejo. Entre tal novela y la romántica, surgen los libros como éste, lejos de ambas tendencias, buscando un equilibrio que dé sentido cósmico de la tierra y la raza, del hombre; dominando la barbarie, sirviendo y sirviéndose de la naturaleza, más allá de la descripción y la anécdota, de la requisitoria manifiesta, de las necedades idiomáticas, para que dentro de su afán particular, pueda decir lo universal con virgen voz de espuma: el sueño del hombre mexicano.

[México, D.F., 1946.]

Introducción

Andrés Henestrosa



LA MITAD del material con que están compuestas estas leyendas fue inventado por los primeros zapotecas. La otra mitad la inventé yo. Inventé, también, una manera de narrarlas. Hice algo más; di unidad a ese material, antes disperso. Pero quizá lo único personal que haya aquí sea eso: la manera de contar estas mitologías. Cuando alguno ha vuelto a contar alguna de estas leyendas, aunque la transcriba, no me llamo a plagiado, ni me duele. Por el contrario, me alegra comprobar que estas fábulas no contradicen el espíritu de mi pueblo, hasta el grado que haya quien pueda atribuirles a tradición oral. En cuanto a la incidencia en el tono, en el ritmo, aun en las palabras mismas con que yo las referí, me da orgullo: el de saber que ya no podrán ser referidas sino al modo como yo lo hice.

Debo una explicación a Wilfrido C. Cruz, quien, junto con Esteban Maqueo Castellanos, es mi antecesor en este afán de dar categoría literaria a la tradición oral zapoteca. Mi versión de los Binigulaza debe a Cruz la inspiración. A él oí, cinco años antes de que se escribiera este libro, un

trabajo en torno al mismo tema. Por eso, y porque de todos los mitos zapotecas éste es el que mayor unidad conserva y el más extendido, mi versión tiene una gran semejanza con la que le oí. Pero tal semejanza ocurre sólo en los datos, nunca en la intención, jamás en los resultados finales; su trabajo tiene un alcance científico, arqueológico, se preocupa por la verdad histórica: el mío busca la verdad poética, que es otra cosa. En 1935, Wilfrido C. Cruz publicó su libro El Tonalamatl zapoteco. En él reprodujo su trabajo sobre los Binigulaza, con una nota en la cual me acusa de seguirlo, casi literalmente y sin mencionarlo. La nota pareció injusta a muchos que conocían las dos versiones. Uno de ellos, Héctor Pérez Martínez, publicó en aquellos días en El Nacional un artículo tendiente a enderezar tal entuerto. La sabiduría india y el folklore, dijo más o menos Pérez Martínez, son un patrimonio común y múltiple, imposible de patentar o expresar en fórmulas personales. Y que era iluso, cuando no necio, aquel que reclamara para sí la paternidad de cosas tan universales y tan de todos, como son la tradición, la leyenda y la historia. Reproducido más tarde en Neza —periódico en que puse las manos—, el artículo de Pérez Martínez ha venido a ser una arma de dos filos: ha dado lugar a que las leyendas aquí contenidas se vuelvan a referir como tomadas de la tradición oral, en un

olvido de que en su forma actual son el producto de un largo, dramático, doloroso ejercicio literario. Los zapotecas no las dejaron así. Los indios todos de México inventaron mitos, imaginaron fábulas aladas, hicieron aforismos, que es la verdad en números redondos. Pero si esta sabiduría tuvo alguna unidad, ella se rompió al choque con la Conquista. Mucho queda de ella. Y es lástima que no haya nacido a tiempo un hombre que la recogiera y formara con ella un Popol-Bug zapoteca.

Los zapotecas y huabes de hoy, digo, los que no están contaminados de afán literario, no pueden, ni lo intentan, referir estas leyendas fieles al texto escrito, sino de acuerdo con su imaginación y el genio de su lengua propia, y nunca en idioma extraño. No me vengan, pues, a reproducirlas diciendo que las oyeron en boca india, que las recogieron de la tradición oral.

Al reeditar este libro, lo enriquezco con algunas pequeñas leyendas, redactadas a raíz de la primera edición, todavía tembloroso el pulso que lo trazó, todavía enfiebreada la frente que la fraguó.

[México, D.F., 1945.]

Dioses, santos y reyes



Binigundaza



SE CUENTA en el Istmo de Tehuantepec, con el nombre de *binigulaza*, la leyenda más vieja de la tradición zapoteca.

Unida la historia de los orígenes, ha llegado hasta nosotros, después de un largo itinerario, incompleta, borrosa, y de trecho en trecho, brincando sobre abismos. Y entonces se pierde su rastro, y hay que revolver la tradición, fracturar la palabra, adelantar y retroceder el acento para hallarla. Y se la encuentra con una huella nueva, y a veces, en cada rumbo de la misma época, distinta.

Por flexible, la palabra *binigulaza* puede significar, según que avance o retroceda el acento, varias cosas; y a cada significado puede corresponder, perfectamente, una leyenda distinta.

Binigulaza, sin preocupaciones filológicas, denota solamente un grupo de hombres que existió hace muchísimo tiempo. Estos hombres fueron, si se atiende a un relato que forma parte del cuerpo total de la leyenda y que es muy poco conocido, gentes feas, de gran estatura, algunas casi gigantes. No se sabe por conducto de quién, un dios desconocido quiso im-

ponérseles y habiéndole desobedecido, mandó destruirlos. Y se quiere colocar los días en que ocurrió esta catástrofe, cercanos, revueltos con los días del diluvio universal; terminan diciendo los que así la entienden que, aparte de los monolitos y trastos de cocina que los ríos arrastran cuando la lluvia los hincha de furor, o que aparecen en las grandes excavaciones, nada más se sabe de los *binigulaza*.

También se cuenta, sin atender a la acepción de la palabra, sino fijándose únicamente en que designa a un grupo de hombres, que *binigulaza* no lo eran todos, sino unos cuantos: que éstos eran elegidos de los dioses y en cada conglomerado vivían, sin ser vistos más que por los espíritus superiores, para encauzar la vida de esos conglomerados; que eran sabios sacerdotes, valientes guerreros, magos y adivinos; y que cuando los dioses soltaban sobre los pueblos las grandes calamidades, antes que nadie estos hombres hacían penitencia y muchas veces se sacrificaban en aras de las deidades. Poseían, una vez envejecidos, la extraña capacidad de convertirse, al ruido de una oración, en monos, cerdos, perros, con el fin de burlar y dañar a sus víctimas; y su destino estaba atado irremisiblemente al destino de otro ser: un ave, un pez, a quien llamaban *guenda*.¹

¹ Hoy tiene esta palabra varios significados. Pero el que primero tuvo y conserva en el presente relato, es el de dios protector, o *doble*. Podían citarse muchos lugares en Burgoa en apoyo de tal afirmación. Pero este pequeño libro, síntesis de todas mis lecturas y conocimiento de la tradición oral zapoteca, en un instante dado, no fue escrito con intención erudita, sino meramente literaria: quise dilucidar en él un drama de expresión en lengua que

En sílabas, *bi-ni-gula* o *gulaza* quiere decir, el viento que chocó con otro y se dispersó; pero unidas las dos primeras sílabas y acentuada sólo la última *i* –*biní*– sería: surco o gajo, o línea recta como un surco, separado, roto. Pero esto es, nada más, curiosidad.

No sólo en Juchitán y en Tehuantepec se conoce la historia en la que se refiere que los zapotecas se decían a sí mismos descendientes de los árboles, con más frecuencia de sus raíces, y también de algunos animales.² El fragmento *gulaza*, deshecho en dos tantos –*gu-laza* quiere decir, el primero, raíz, camote; y el segundo, fibra; por extensión, lo que es flexible, como la fibra. En este caso los *binigulaza* fueron gentes nacidas de las raíces de los árboles. Lo dicen hasta hoy los descendientes puros, orgullosos de sus antepasados, que los padres de la raza eran, en el dolor, en la vida, flexibles, como las raíces de donde brotaron, y la pronunciación más usual de la palabra está de acuerdo con esta interpretación.

un día me fue ajena. Es el caso que los *Zaa* creyeron –y aún creen– que los hombres nacían con un *doble*; y que padecían con él iguales peripecias y morían juntos. Algunos hombres llegaban a ajustarse de tal modo a su doble que se convertían en él, adquiriendo la capacidad de representar a un nuevo hombre. Como en el versículo de Daniel, de andar entre leones se convertían en leones. Pero hay que insistir en que dejaban de ser hombres; perdían todas las características humanas. De allí que no haya habido, rigurosamente hablando, *biniguenda*. Lo que había era *guenda*, la *tona* o *nahual* de los mexicanos.

² “...ya por preciarse de valientes, se hacían hijos de leones, y fieras silvestres; si grandes señores, y antiguos, producidos de árboles descollados y sombríos...” Francisco de Burgoa, *Geográfica Descripción*... t. 1, p. 412. México, 1934.

Hay una leyenda más que refiere que los zapotecas cayeron a la tierra en forma de pájaros, de una nube: sabían cantos melodiosos y en las plumas trajeron pintados todos los colores del trópico.³ *Gula* en Tehuantepec o *gola* en Juchitán es, respetuosamente, anciano; y *za*, nube; como quien dice, gente anciana, la que tuvo su origen en las nubes. Ellas se llamaban a sí mismas *Biniza*, y a su lengua, *dicha-za*.⁴ Y de estas denominaciones se valían para diferenciarse de los otros pueblos del Anáhuac.

Mil veces hemos creído que *binigulaza* quiere decir gente que chocó entre sí o con un enemigo. De *bini*, gente, como en todos los casos, *gulá*, chocó, y *za*, entre sí, o *gulazá*, choque en tiempo pasado.

Gulá, acentuada también, pero llamada la voz hacia adentro de tal suerte que imite lamento, significa roto, disperso, separado. Con la partícula *za*, connotando uno de otro, tendríamos: gente que se dispersó o que se separó una de otra. Pero *za* es también música, danza, fiesta. Y tal vez la primera separación vino después de oír música y haber danzado. En tiempo

³ "...creían las supersticiosas fábulas, como pudiera un católico los avisos del cielo, fue la fundación de este pueblo [Teotitlán] [Xaguixi, en zapoteco] antiquísima, de los primeros de la Zapoteca... fingiendo su origen haber venido del cielo, en figura de ave, en una luminosa constelación..." Burgoa, *Geográfica Descripción*, t. II, p. 119.

⁴ El doctor Nicolás León, que de modo tan constante se equivocaba en las cuestiones de la Lengua Zapoteca, por aquel prurito de ser original y aceptar, sin discriminación, sus fuentes de consulta, llama a la Nación Zapoteca *Didjazaa*. Hay que advertir que la lengua es la que se llama de ese modo y no la raza.

pasado es tan correcto decir *gulazá* o *gundazá*. Y aquí entra recto, con los dos pies sobre esta afirmación, un recuerdo de mi niñez. Todos lo saben. Los niños cantan danzando, unidos en corro, con la cabeza inclinada y las manos anudadas atrás, un canto triste, monótono, casi siempre a la orilla de la noche.

Bidza dza, bidza dza, jau!
ziaba nisa, ziaba guie,
ziaba manda, ziaba yu
Bidza dza, bidza dza, jau!
ma cheguira guidzilayu?

“Coladera, coladera, jau! – caerá agua – caerán piedras, – caerá frío, – caerá tierra – Coladera, coladera, jau! – Los binigulaza se van – acabará todo el pueblo de la tierra.”⁵

Se sabe muy bien que los enviados de Moctezuma Ilhuicamina nunca tomaron de entre los zapotecas una sola gota de sangre para teñir la ofrenda de sus dioses; y que este orgullo se les había hecho latido en las venas. Pues bien, cuando la noticia de la llegada de los españoles, conocida desde varios siglos antes por ellos, por los estudios que sabían hacer sus sabios en el cielo, en el alboroto de las aves, de los animales y hasta en el color y giro del aire, se alargó desde la Gran Tenochtitlan hasta sus tierras para decirles que la defensa era

⁵ *Guidzi-layú* es, literalmente, pueblo de la tierra, o bien gente de la tierra; en otro sentido, mundo. Ellos sabían que los españoles eran hijos del sol y, por esto, hombres del cielo. De allí, pueblo de la tierra, gente de la tierra. Y que con su llegada ellos, los zapotecas, se irían, acabarían todos.

inútil, porque los hombres blancos y barbados que venían por el lado en que se yergue el día eran poseedores del trueno y de armas poderosas, los zapotecas, antes que la dominación, prefirieron morir algunos; y otros caminaron en distintas direcciones llevándose la tradición, la material y la impalpable.

Y fue entonces cuando, mezclados de pavor y de locura, en todos los pueblos zapotecas celebraron ceremonias fúnebres, erizadas de sacrificios, revueltos con danza y canto cuya letra imploraba su conversión en trastos, al mismo tiempo que rompían otros. Tocarón el lúgubre tambor de madera, los más viejos, aquellos que de golpe habían renunciado a la vida. Y los *binigulaza* trotando, con la danza enredada en los pies, cantaron; y cuando la música cansada de seguirlos se borró en el aire, los que la producían, que eran los sacerdotes, los de la casta directora, se echaron de cabeza a las aguas religiosas del río Atoyac y de Tehuantepec; y los ríos ondularon con ellos hasta convertir en peces o en trastos a algunos; y otros se mantuvieron hombres y en el fondo de las aguas habitan hasta hoy y construyen esos juguetes, trastos de cocina e imágenes que los ríos, camino del mar, abandonan cuando enfurecidos saltan fuera de su cauce.

Algunas gentes de hoy en quienes ya no se oye la voz del orgullo de los antepasados, aseguran que no todos aquellos hombres se dispersaron, sino que algunos se sujetaron al conquistador y edificaron la iglesia de Juchitán. Pero responden los atentos al pasado que la iglesia la construyeron en un momentáneo retorno de la noche a la mañana, los mismos *bini-*

gulaza, llamados esta vez *binibiri*: gentes-hormigas, por menudas, abundantes y laboriosas.

Se cree que estuvieron por última vez, los que caminaron por tierra, en *Late-Bala*, en *Late-Xunaxi* y en Cuscumate, muy cerca de Juchitán los dos primeros sitios, y en la punta del distrito, el último.

Para que sea más recta la afirmación de que los *binigulaza* se dispersaron después de oír música y danzar, obsérvese esta verdad, que es como el eco de otra verdad, recóndita y remota. En los matrimonios de la gente pobre, entre esas gentes metidas plenamente en el alma de ayer, hay un momento en que la alegría llega a su cúspide; ahí se toca una música sencilla, elemental, triste; y la novia danza con el novio y recoge en el centro de la enramada, en una jícara de colores, una dádiva: seis centavos, por regla general. *Medinxiga*, decimos. Y todos toman un trasto y esperan para romperlo que la alegría se haga dolor; es signo de que al separarse los desposados de la casa paterna, concluye, da una vuelta exacta, una línea de la vida; y equivale a decir adiós.

Tal es la leyenda de los *Binigulaza*.

La confusión⁶



CUENTAN los historiadores de lo zapoteca que en un ángulo del principal de los panteones de aquella raza, en *Yobaa*, que quiere decir dolor y por extensión sepulcro y cementerio, había una profunda cueva, la entrada cubierta con una enorme piedra, la cual era movida cuando se celebraban los entierros de los grandes señores y cuando ocurrían los sacrificios, para arrojar por ella el cuerpo de las víctimas inmoladas en aras de terribles deidades. Hay quien diga que aquel subterráneo tenía más de cien leguas de exten-

⁶ Han sido muchos los que han trabajado sobre el folklore zapoteca, apoyándose en los relatos de los cronistas. Robelo fue uno; Heriberto Frías, fue otro; Rafael Heliodoro Valle, otro. Otros han trabajado valiéndose de dos clases de fuentes: la escrita y la oral. Entre éstos me place señalar a Esteban Maqueo Castellanos, hijo adoptivo del Istmo, y a Wilfrido C. Cruz, zapoteca de la mejor cepa. Y como siempre se tienen antecesores, éstos son los míos. Yo lo soy de otros... Palabras suyas, palabras de todos los historiadores y de todos los otros libros que yo haya leído, se encuentran en este libro. Quien pueda, que las advierta. Yo no las indico porque, como ya lo dije, trabajé esta porción de mi cultura natia sin emoción erudita. Pero está bueno decir desde luego, para que los maliciosos estén en paz, que tanto el relato de los *Binigundazaa*, como este de la *Confusión*, han sido narrados —este último sólo en cierto modo— antes por Wilfrido C. Cruz, en su leyenda *Los Binigulaza*. Al final de ella inserta el canto de la torcaza en lengua chinanteca y la tradición oral recogida por él entre los indios que la hablan. Con ella y con la que me sabía desde siempre, elaboro esta versión enlazándola con los datos que nos dan los historiadores, llevándola a sus más remotas conexiones.

sión y hay quien lo reduzca a no más de treinta. Pero es el caso que a semejanza de la piscina evangélica, la cueva fue incorporándose poco a poco a todo lo que se relacionara con la religión, la vida y la muerte zapotecas. Así, cuando alguno, desesperado de la miseria, de la enfermedad, del ejercicio de vivir, renunciaba a la tierra y anhelaba el descanso, por aquella puerta se encaminaba a un supuesto sitio de delicias y bienaventuranzas, una vez implorada y alcanzada la licencia de sus mayores, de los *binigulaza* que allí ejercían su ministerio.

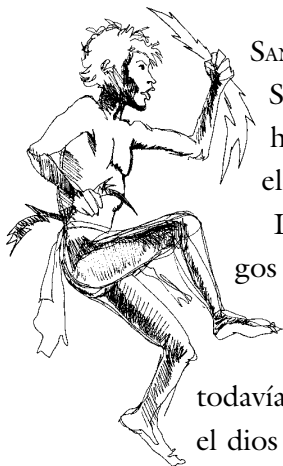
Hay, errando en la tradición oral, dispersa en el viento y en los libros, muchas afirmaciones acerca de la existencia y del lugar donde esta cueva estuviera. Una página de la tradición la finca en *Guixiguía*, cerca de *Xaguixi*, nombre antiguo de Teotitlán, que en mexicano significa lugar de dioses; pero es lo cierto que todo la alude, ya en forma precisa, como en las crónicas, ya en las sílabas inconexas de la fábula. Y ella cuenta que por esa cueva desaparecieron los hombres, las aves, los animales todos de la creación cuando ocurrió el día, la otra dimensión del *siempre*, el *dzigueta* –día y noche–: la eternidad zapoteca. En aquel entonces, cuando el tiempo todavía no era, pues sólo la noche existía, hubo sobre la tierra muchos seres que hoy ya no existen, ni siquiera en el recuerdo. Y que la luz fue hecha de pronto y que los hombres y las aves y los animales, no acostumbrados a ella, buscaron la noche en las entrañas de la tierra. El subterráneo debió tener cien leguas de extensión y el éxodo debió ser muy largo; durante él algunos hombres se convirtieron en monos y en ídolos que en

la lengua antigua y en la de hoy se dice *gola* o *golaza*, porque así se llamaron los hombres a quienes representaron; los animales y aves se transformaron en especies nuevas algunos, y otros desaparecieron. Y el tiempo que ya existía comenzó a correr...

Pasaron los años. Vino la Conquista y con ella el cristiano y su palabra. Las fábulas indígenas, misteriosas y sutiles, se maridaron con los apólogos y los *enxiemplos* castellanos y fue como si el río de la imaginación ibérica se vaciara en el río de la imaginación zapoteca. Y mezcladas sus aguas, sus arenas y sus astros, no se puede ahora separarlas, y también porque tienen curso subterráneo. Las flores, los animales, los hombres, las aves, todos aprendieron español. Y al séptimo día de la llegada de los misioneros el indio complicó con el aprendizaje del nuevo idioma, sus ritos, su tradición, su mitología. Y la torcaza que cantaba su soledad en las diversas lenguas indígenas de Oaxaca, canta ahora en tierras de Ixhuatán: “Sola estoy, sola estoy, solita estoy.”

Y en el silencio de medio día de las canículas sus palabras se siembran en nosotros, en una renovación de las tinieblas de la cueva por donde la torcaza perdió a la madre. Y muere de *xilase*, *dzilase*: *dzi*, día, *lase*, *yase*: negro, es decir, de melancolía, de que suelen morir hasta hoy los huérfanos zapotecas.

Imagen de Prometeo



SAN FRANCISCO, San Dionisio, San Mateo y Santa María del Mar, son cuatro pueblos huabes tirados en la costa del Pacífico, en el Istmo de Tehuantepec.

La verdad de que los zapotecas son enemigos de sus habitantes, se transmite de generación en generación desde el día en que el Dios Rayo, protector de su rey a quien todavía llaman Tata Rayo, tuvo un disgusto con el dios de mi otra tradición y cortó el hilo de la paz con la espada retorcida de un relámpago.

El rey huabe tenía un hijo y una hija el rey zapoteca. El príncipe y la princesa no se conocían, porque la Laguna Superior varias veces se desdobra sobre el camino que separa a sus pueblos. Y el agua es honda y si una piedra cae en ella nadie la encontrará jamás. Ninguno, sino por una necesidad grande, se atrevía a cruzarla.

Un día, sin previo aviso, se presentó en palacio una comisión enviada por el Dios Rayo a pedir a la princesa zapoteca para esposa del príncipe huabe. El rey zapoteca se la negó y cuentan que su cólera fue tanta que sobre sus orejas bien pudo quemarse una hoja seca. No lo hubiera hecho nunca,

porque el Dios Rayo gritó enfurecido. Y su grito rodó, como un trasto, por el cielo.

Si en aquel tiempo alguien pusiera a los zapotecas a elegir un punto en la rosa de los vientos, apartarían el sur. Del sur venía la lluvia, del sur la brisa de oro y al sur corría el mar.

El Dios Rayo lo sabía y su venganza iba a nacer cuando llegara la estación de lluvias. Y faltaba poco. Una tarde las nubes se congregaron en el sur: los rayos menores las dispersaron con sus látigos y con siete silbidos largos el arco iris emocionó el horizonte. Y por primera vez se supo que no llueve tras del arco iris.

En los hogares se bañaron en lágrimas las gentes y ante los altares, alumbrados por cirios que también lloraban, todos los ruegos pidieron lluvia. Pero los rayos estaban sordos de ira y vigilaron, sin cesar, la limpieza del cielo. Sin embargo, nadie hablaba del hambre porque la última cosecha había sido pródiga y las trojes estaban apretadas.

El Dios Rayo era hombre como nosotros; pero estaba más allá de las maldiciones y de las hechicerías y convertía, con una sola palabra, en rayos, a sus súbditos. Entre fuego vivía con ellos en *Dani-Bacuzá*.⁷

⁷ *Danibacuzá*. Hoy han suprimido la partícula final *guii*, que unida a *dani-bacuzá* significa cerro de los pedazos de fuego o cerro de las luciérnagas, que en zapoteca se dice *bacuzá-guii*. Todavía pueden observarse, de vez en cuando, esas llamas sobre el cerro; no falta quien diga que sirve de guarida a un grupo de *binigulaza*, pastores de cabras, porque al amanecer aseguran que se observan las huellas de esos animales y de sus pastores —que ya sólo de noche trabajan— a la entrada de la cueva.

En el pueblo de los zapotecas vivía un joven. No entretenía con palabras como: *ve y vuelve*; era pronto en sus resoluciones y hasta los más viejos lo respetaban. Era tranquilo como un agua muerta, pero en él se copiaban preciosas acciones, como sobre el pantano los luceros; y la indignación contra el enemigo, le subía como una burbuja.

El próximo tiempo de aguas a pasos largos se acercaba.

Hubo una mañana en que la anciana voz del rey zapoteca, llevada como de la mano por sus mil criados, entró a todas las casas llamando a los hombres; y los hombres se congregaron. Se trataba de encontrar una forma, la más segura, para neutralizar aquel castigo. Hubo muchas proposiciones, pero su recuerdo se quedó allá mismo: nadie las colgó de la tradición para contarlas. Lo que contaron al volver a sus casas y cuentan hasta hoy, es que aquel joven que no sabía decir *ve y vuelve*, propuso un plan temerario. Él mismo iría a ver al Dios Rayo; le ofrecería sus servicios y aprendería el secreto de convertir hombres en rayos. No podía dudarse de la claridad con que veía las cosas y de su valentía para cumplirlas; pero nadie era capaz de asegurar que el Rayo no lo descubriera y le cortara la cabeza.

Ya era muy alta la noche cuando salió del pueblo. El aire estaba tan negro que un dedo frente a los ojos no se distinguía. Tomó el camino que después de bañarse sale goteando del río y camina hacia el rumbo de San Mateo del Mar. De cuando en cuando, a ras de tierra, se inclinaba la noche, como si hubiera perdido algo y lo buscara con la luz de las luciérnagas. Y ésa era toda la luz que se veía.

Llegó al cerro donde vivían los rayos, cuando la Cruz del Sur estaba ya muy alta y entretuvo con sueño las horas que faltaban para amanecer. Cuando la mañana se abría como una flor, despertó. Y se presentó al Dios. La súplica, taladrándole el pecho, le llegó a la boca.

—He visto —dijo— a tus soldados pelear y me gustan tus espadas. Yo quiero ser soldado tuyo.

El Dios Rayo lo acepta, después de observarlo largo tiempo, y le pone en la mano, para probarlo, la espada blanca de un relámpago. El muchacho no se espanta y la sujeta y aprende en unas cuantas horas su manejo.

El Dios estaba muy contento con el nuevo súbdito y unos cuantos días más tarde, durante todo el verano, lo envió a combatir sobre su propio cielo. Con el nuevo soldado, las nubes no podían siquiera juntarse. Si blandía su espada el firmamento se partía en dos tantos.

Pasada la estación enmudeció el ámbito y el rayo zapoteca volvió a *Danibacuzá*. El jefe supremo le dio un grado y todos sus compañeros decían que era el más valiente del ejército. Y si el tiempo estuviera al alcance de sus manos, lo habrían empujado hasta colocarlo en la nueva temporada de lluvias, sólo por verlo pelear. Pero había que esperar seis plenilunios para que el tiempo llegara. Mientras tanto descansaron y sólo de cuando en cuando, sin gritar, aparecían sobre el cerro con la espada desnuda. Y ellos son esos relámpagos sin eco que vemos a veces por la noche y por el día.

En el pueblo, el temor de que el joven hubiese caído sobre el mar o sobre algún mezquite, que siempre sus agudas espinas atrajeron al rayo, entraba y salía de las casas. Y esperaban impacientes, para convencerse de que su héroe vivía, que la tradición propuesta germinara. Otra vez el mar retumbó. Los viejos dijeron:

—Dios llena sus cántaros para vaciarlos sobre nosotros.

Y los *píjijes*, nuncios del estío, cruzaron en bandadas soltando las palabras de su lamentación. Ahora el Dios Rayo confía a las órdenes del nuevo oficial un ejército de rayos y los manda a combatir en el sureste a las nubes del sur. Ya sabía el zapoteca el secreto de la conversión, pero no iba a serle útil porque eran muchos los rayos que le seguían y su primitivo plan había enriquecido. En el sureste conoce al viento y laboriosamente consigue hacerlo su amigo. Todo porque veía en él la posibilidad de un aliado.

Así las cosas, un día, a la hora en que la sombra, como una pequeña muerte invade los ojos, hubo en el sur un cónclave de nubes. Era el momento más dramático de nuestro defensor. Iba a poner en práctica su astucia y su traición. Formó a sus hombres y detuvo al viento. Y les dijo, con palabras bien medidas, la necesidad de sublevarse contra el dios que los había enviado y salvar en un pueblo, no distante de ellos, a unos hombres que por venganza de su jefe padecían hambre. No se sabe qué fue lo más eficaz, si la fuerza de su voz o la claridad de sus razones, pero es el hecho que los rayos y el viento aceptaron. El viento levantó su ruta, más allá de los

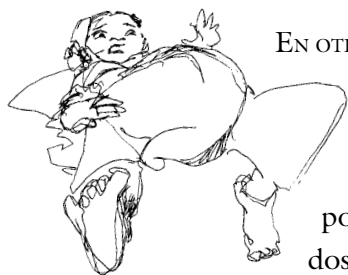
árboles corrió hacia el sur; y los rayos, más alto que él, derribaron las sementeras del cielo, hasta el sitio en que las nubes resbalaban. Se libró el primer combate y el rayo zapoteca varias veces rompió su espada; y sus inferiores, por no aparecer indignos ante un jefe tan valiente, azotaron sin protesta al cielo. Y hasta la media noche los relámpagos ciñeron con anillos de oro los jacales.

El viento del sur venció al del sureste, y condujo las nubes hasta amontonarlas sobre nuestros campos, y la lluvia ruidosamente desató sus hilos y bajó a lavar el dolor de la tierra. La derrota de los rayos enemigos fue definitiva y el cielo no volvió a sonar porque durante toda la época desaparecieron. Los zapotecas hicieron nuevos caminos, pues los viejos se ahogaron con las lluvias y salieron del pueblo para sembrar, y la tierra, seca dos años, fecundó las semillas que en su vientre arrojaron manos agradecidas.

El tiempo ha envejecido; pero hasta hoy, cuando el año llega a mayo, los ancianos sentados a la puerta de sus casas pueden predecir, observando la lucha de los vientos, si la estación de lluvias es mala o buena. Si prevalece la corriente del sur las lluvias serán numerosas, gruesas y los rayos huabes no se presentarán a combatir; si la del sureste, habrá lucha y las lluvias serán forzadas. Y la calandria cuelga su nido de la rama más alta o de la rama más baja.

Y el muchacho no ha vuelto al pueblo, porque desde aquel entonces vigila la tradición y es jefe de los rayos que le prestaron obediencia.

La lluvia



EN OTRO tiempo los hombres no tenían como hoy tienen muchas ciudades para nacer, sino sólo dos: la ciudad del cielo y la ciudad de la tierra. Tampoco tenían muchos reyes, sino sólo dos: el rey del cielo y el rey de la tierra.

Los dos reyes de aquel tiempo eran amigos, porque el rey del cielo ignoraba el derecho de conquista. Era poderoso: le obedecían sin protesta el sol, la luna y las estrellas. Y si lo hubiera querido, la tierra sería esclava suya. Pero él ocupaba sus vigilias en ordenar su reino, ya por medio de sus numerosos súbditos, ya trabajando él mismo. Tenía un hijo y el rey de la tierra una hija. No puede decirse cómo era el príncipe; pero la princesa, dicen los que la conocieron, era tan bonita que anulaba la razón de ser de las flores.

Los dos crecían sin saber que un día, por ellos, sus padres iban a reñir. Y fue mujer grande la princesa, y hombre completo el príncipe. El rey del cielo quiso casar a su hijo. Y no pensó en ninguna de sus súbditas, sino en la doncella de la tierra. Y como siempre fue ley que el padre pida esposa para los hijos, el rey del cielo, sin consultar la voluntad del prín-

cipe, mandó llamar a las *biniguenda*⁸ a su servicio para que bajaran a la tierra a pedir la mano de la princesa. Aprendidas las palabras del rey, las hadas salieron por la puerta iluminada de una estrella y nadie las vio más. Tenían, por ligeras, pies de adolescentes: todas las mañanas la luz que bajaba del cielo

⁸ Nosotros fuimos los primeros en reconstruir estas entidades mitológicas que alguna vez existieron entre los zapotecas. Fue tan real la creencia acerca de su existencia, que el mito volvió a ser otra vez actual; y hasta parece que nunca estuvo olvidado, dada la cotidianidad con que se ha vuelto a hablar de él.

Su más cotidiana alusión estaba implícita en la palabra *naguenda*, que quiere decir ágil, ligero, como era el *guénda*. Pero esto no era evidente en los hablantes de la lengua zapoteca. Pues es claro que una cosa es hablar una lengua, y otra saber semántica. Los componentes de la palabra *naguenda* son: *Na*, partícula formativa de los adjetivos y que quiere decir ser como algo; y *guénda*, doble: ser ligero es tener cualidades sobrenaturales, como los dobles o *guéndas*.

Esta palabra *guénda* es de las más difíciles de analizar. *Bisiguenda*, por ejemplo, quiere decir aceptar. Pero, ¿qué cosa es aceptar? Aceptar es, en último análisis, uniformar el sentir personal con el sentir ajeno; en otras palabras, simpatizar. *Bi*, es ser ya algo, *guénda* es el doble. *Bisiguenda*, por lo tanto, es uniformarse con el doble. Y partiendo de allí, aceptar es ser conforme a otro. *Guendanabani*, que quiere decir vida, contiene la palabra *guénda* en su connotación de existencia, de acción y efecto de vivir. Pero éste es su verdadero significado: *guénda*, doble; *nabani*, vivo: es decir, doble vivo: el hombre vive mientras vive su doble.

El doble que era un animal, era en rigor la entidad más importante. El hombre era secundario. Su papel era representar al animal. Y todas sus acciones eran como el eco de las acciones de su doble. Su lengua, la lengua zapoteca, es una lengua que creamos para expresar las acciones de los animales, mejor que las nuestras. De allí que todos los verbos zapotecas empiecen con la partícula *guénda*, o con la letra g, primera de esta palabra.

Córdova, Levanto, Torralba, consideran la partícula *guénda*, que ellos escribían *guella* o *quella* (la doble *l* se ha convertido en *nd*), como una letra del zapoteco. Y es que no pudieron alcanzar que esa partícula, que quiere decir simplemente *doble*, entra en la formación del verbo, padre de todas las lenguas.

Preguntada una persona que sostenía saber zapoteco, acerca del significado de la palabra *biniguenda*, dijo que significaba mujer de plata. De allí la superchería de *Las Biniguendas de Plata*.

tardaba en alcanzarlas; todas las tardes encontraban más pronto la sombra que subía de la tierra.

Una mañana llegaron, junto con la luz, a la única ciudad que había sobre la tierra. Gentes sabias como eran las *biniguenda*, no preguntaron dónde estaba el palacio. Sin tocar la puerta, porque además de ligeras y sabias eran prodigiosas, llegaron hasta donde se encontraba el rey. Ante él, una de las embajadoras, la de mayor edad, expresó la voluntad de su rey. El rey de la tierra mandó a llamar a su hija. Muda, con la cabeza caída, la princesa oyó el deseo del soberano del cielo, y contestó cuando el padre la pidió la respuesta, que amaba, hasta hablar sola, a un criado de palacio, y que no se casaría con otro que no fuera él. El padre la quería, la cuidaba como a sus ojos. Así fue que no le dijo nada. Cuando se hubo ido de su presencia, el padre dijo a las embajadoras del cielo que él daría a conocer a su rey la voluntad de su hija. Y las doncellas celestes desaparecieron silenciosas.

El rey de la tierra tenía también *biniguendas* misteriosas, ligeras, prodigiosas. Las mandó llamar. Las enteró de la voluntad de su hija. Y las hadas subieron al cielo con la respuesta. Al llegar al cielo, una de ellas, siempre la mayor, dijo el mensaje que llevaban.

En el alma del rey del cielo hubo un estallido de impulsos. Se dio repentina cuenta de su fuerza, y quiso en un primer ímpetu suprimirnos el sol, la luna y llevar mucho más alto sus luceros. Pero él no quería castigarnos, sino realizar sus propósitos. Después de pensarlo mucho, descubrió que el

único medio de realizar aquel matrimonio era desterrar al plebeyo del pueblo. Y no se supo por qué camino, ni la sombra de qué día, lo sacaron de la ciudad para llevarlo a *Danibacuzza*. Bostezaba el cerro, y por la boca abierta lo arrojaron.

En una casa de la ciudad la madre, en el palacio la novia, lloraron largamente la desaparición del plebeyo. La madre lavó con llanto, hasta hacerla limpia, su pena. La novia, después de mucho llorar, desconsolada, dio la espalda al palacio y al río, y corrió por los montes buscándolo.

El rey del cielo veía todo lo que ocurría en la tierra. La huida de la princesa lo enfureció, y se propuso, entonces sí, castigarnos. Suprimió la lluvia, mantuvo el sol en medio del cielo y afiló sus rayos. Por eso son tan calientes los días que preceden a la lluvia.

En los brazos de la tierra se quedaron dormidos los caminos: ni ellos vieron pasar a la fugitiva. La luna dos veces fue plena y desapareció también dos veces. Y a la ciudad no llegaba ninguna noticia acerca de ella. Enajenada la princesa, varias veces recorrió los mismos caminos. Hasta que un día, a la hora en que más trémula era la luz, adivinó que en *Danibacuzza* estaba su amado. Y caminó apresuradamente, sin otra meta que el cerro. Llegó bañada en sudor, una llama de alegría saliéndole de los ojos. Pero dos centinelas armados con espadas de relámpagos, le prohibieron la entrada. El dolor, como una enorme piedra, cayó sobre su corazón y desbordó sus lágrimas. Y por sus ojos brotaron dos hilos de agua, llenos de nuditos. Y las cuentas de sus lágrimas, movidas por el vien-

to, resbalaron por el cielo y se precipitaron sobre la ciudad. Cuando ya no tuvo una lágrima que llorar, se convirtió en una mujer de piedra.

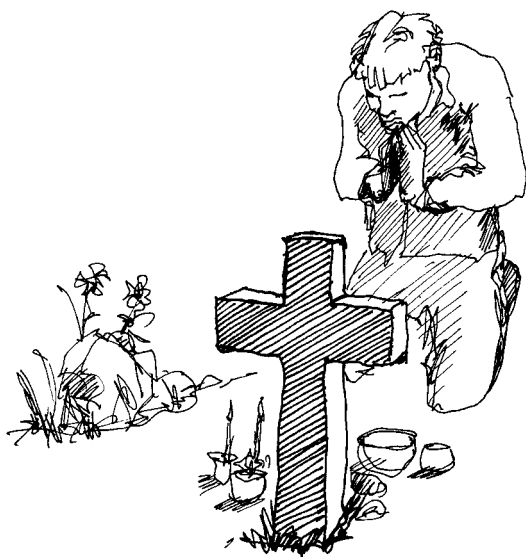
Cuando la lluvia cesó, los hombres salieron a buscarla, y la encontraron; pero ninguno quiso tocarla. De vuelta, los hombres contaron que a unos pasos de la puerta de la cárcel vigilada por centinelas armados de relámpagos, la doncella petrificada estaba de pie. Y hubo en el pueblo aplausos unánimes por su aparición.

—Cierto. Es piedra, pero nos ha dado la lluvia —repetían.

Alguna vez las lluvias fueron escasas. Los hombres salieron de nuevo a buscarla, la encontraron acostada: la tierra estaba bebiéndole el llanto. La pusieron de pie y otra vez la lluvia fue numerosa y abundante, como cuando por primera vez dejó de ser dádiva del rey del cielo para ser nieta del rey de la tierra. Y los hombres del pueblo vigilaron su posición hasta una época en que todavía puede remontar el recuerdo, hasta cuando la trajeron a la ciudad donde yo la conocí.

De ella tomó la lluvia su nombre: *nisa**gié*, de *nisa*, agua, y *gié*, piedra. Como quien dice: agua que llora la piedra.

Los dos caminos



La campana



DE SAN Vicente, patrón de Juchitán, se cuentan milagros armoniosos; entre otros, haberse hecho él mismo santo.

Era en una ciudad de la tierra, y niño hacía con sus amigos los estériles trabajos de las travesuras. Y así uno y otro día. Una mañana, cansado de los mismos juegos, propuso jugar *Tingui-bidoo*. Dos niños juntaron los brazos para formar la silla, y una vez formada, fue Vicente quien se sentó en ella, y precedido de rezos dieron vueltas en torno de un templo imaginario. Pesados los brazos de cansancio, quisieron bajarlo; pero el santo de mentiras ya era verdadero. Convertido en madera, sus carnes estaban rígidas. Desde ese día se le veneró en mi tierra.

Una vez dejó el pueblo y desapareció. Ninguna señal dibujó su ausencia y nadie, por sabio que fuera, pudo decir dónde se encontraba. Mientras no estuvo en su iglesia, imaginada y construida en un instante, fabricó una campana; le imprimió su sello y se acercó a la cinta blanca de la playa para soltarla en los brazos verdes del mar. Y mandó a avisarnos que, los ojos vigilantes, esperaríamos a la orilla del agua a que las olas la arrojaran. La noticia, forastera en la ciudad, recorrió todas las calles y todo el mundo supo que el santo vivía y no

olvidaba su iglesia. El pueblo todo corrió a la costa. La distancia entre la ciudad y el mar no era muy larga, pero por angosta tardaron en llegar. Y mientras se reunían, pues uno caminaba adelante del otro, el tiempo se les adelantó.

Esperando, esperando, el sol calentó el aire y la arena quemaba los pies. Cansados buscaron huellas y un hilo largo encontraron. La sarta de pasos fue más allá de donde ellos podían llegar sin la licencia de sus mayores. Volvieron presurosos a la ciudad y la campana vieja vació su llamada en el aire; y sin saberlo, porque la angustia era grande y con otra cosa no podía compartirse, la gente se congregó en torno de la iglesia, como si todas las calles pasaran por su puerta.

Sabían que los que cicatrizaron la arena con sus huellas eran los mismos que habían recogido la campana destinada a Juchitán. Y nadie dudaba que eran los huabes de San Mateo del Mar. Se nombró una delegación de diosas para que fueran a recuperarla. Sin seguir caminos, las diosas elegidas caminaron en el aire y sin hacer ruido, como sombras, mientras la tarde iba borrando la distancia. Llegaron muy noche. El pájaro *cortamortajas* cortaba el silencio con las tijeras de su canto. Dormían los perros y las puertas, dos veces más fuertes, estaban atrancadas. Subieron a la torre y con las puntas de los dedos desataron la campana para llevársela. A una de las divinidades le tocó cargar el badajo. Para no romper el ritmo que como si fuera una columna vertebral las mantenía erguidas, anduvieron con santo temor y el viaje no sonó; y aquella forma de caminar, que es como un caminar en verso, guardan desde en-

tonces en los pies y asoma hasta hoy cuando se visten de fiesta y cuando danzan.

De vuelta, pasada la barda de monte que interrumpe un segundo la vía, pasados los rumorosos sembrados y cerca de *Danibacuzá* la diosa soltó el badajo. Y el badajo dio sobre la campana y su voz se fue de espaldas hasta San Mateo y despertó a sus habitantes.

Los dioses huabes, como plumas por livianos, subieron a la torre y la torre estaba muda. Y con mil gritos congregaron a sus hombres. Diferentes a las diosas zapotecas, la comisión que allí se nombró, en un andar apresurado persiguió a las vírgenes zapotecas y poco tiempo después las alcanzaba. Sus voces y el ruido de sus pasos, en la quietud de la madrugada, anunciaron desde lejos su proximidad. El camino se perdía a cada paso, se encontraba a sí mismo y seguía recto un gran trecho y otra vez volvía a extraviarse. En una de tantas vueltas, algunas se ocultaron en el monte y otras se convirtieron en árboles recordando su antiguo origen, y cuando el camino volvió a alcanzarlas, la campana estaba sola. La diosa que la había hecho hablar no tuvo tiempo de ocultarse y conservando su forma se hizo piedra junto a la campana. Un dios *mareño* vio en ella a una de las prófugas y la maldición que como una piedra le rodó de la boca, la petrificó para siempre.

Con el bronce en los hombros regresaron a su pueblo y en la torre de su iglesia se vio colgada otra vez una campana que recuerda sus enaguas, señal de su origen zapoteca.

Varias noches más tarde, el mar comprendió su culpa; superando su cauce salió hasta la iglesia para arrebatarse la campana; pero la iglesia tenía horcones hondos y le faltaron fuerzas para arrancarlos. Todo esto porque desde el primer día que la tuvieron de nuevo, cada vez que la noche pasa de jacal en jacal amarrando una llama en las puntas de los cirios, la campana llora y los huabes se reúnen. Y uno, el que lleva el madero del mando en la mano, nombra una comisión de hombres para que la cuiden. Y repite:

—No sea que a los juchitecos se les ocurra volver.

Bendayuuze



SUCEDIÓ ante los ojos de una mujer la plenitud de su vientre; pero los ayes no se encontraron: la mujer tenía marido. Cuando se unieron sus exclamaciones fue aquella noche en que el niño, con tres meses apenas de vida, desde el vientre de la madre habló y lloró.

La mujer despertó a su compañero y, llena de espanto, le contó el suceso.

—No podemos hacer nada; duerme, y si otra vez habla y llora, pediremos a los viejos la palabra que nos explique la causa.

Así fue. Y aquellas dos cosas no se repitieron hasta cuando al niño le faltaban treinta días para nacer. Sin embargo, no recurrieron a los viejos. Esta vez el hijo explicó que por ser orden alta la que obedecía no debían temer y terminó diciendo que al nacer sabrían lo demás.

Desde entonces una ansiedad los tomó del brazo y con ella se pusieron a vivir. Y se hicieron más largas las horas. Cada vez que un día se desplomaba sobre el mar, y por los montes volvía trotando la noche, los padres sentían un gran regocijo porque el nacimiento se acercaba. Y se echaban a dormir en tanto el nuevo día llegaba, y haciéndose delgado se colaba

entre las palmas del jacal. Despiertos, se uncían al trabajo hasta que la luz rendía los ojos y la tarde pagaba en oro las fajinas y la noche a dos manos repartía la plata de sus astros. Así fueron viendo pasar los días y en uno de ellos, a la hora en que el sol no permite sombras a las gentes porque les mira a la mitad de la cabeza, la esposa dio a luz. Decididamente, aquella niña era loca, pues ¿cómo se le ocurría nacer cuando no puede decirse si el sol irá a la derecha o a la izquierda?

Y sus padres no ocuparon el aceite para alimentarla, ni las tijeras, ni el ajo, ni la escoba, ni el humo de alhucema para alejar a las brujas. La niña había nacido grande; traía largos cabellos; en los surcos de los labios, dientes blancos como el maíz tierno; y hablando claramente, dijo:

–*Diuxi*⁹ haga el favor de pagarte por haberme guardado en tu vientre mientras nacía. No necesitaré de la luz de tus senos y hoy mismo me iré a la montaña–. Y levantando el índice señaló un cerro que se tendía a lo lejos. –Aunque volveré al pueblo no seré vista jamás y tan sólo se oirá la música que me acompañe.

Y su primer paso cayó como el punto final de la conversación. Nadie la siguió sino con los ojos, y al perderse de vista

⁹ *Diuxi*, no es más que el Dios de los españoles, pronunciado con una *s* que tuviera voz y convertida por ellos –los zapotecas– la *o* en *u*, letra más frecuente en su lengua. Se la oye en los más viejos rezos de la lengua zapoteca y por esto creí en un tiempo que era de nuestra lengua; pero no hay tal. Tuvo mucho que ver en esto la manía filológica de querer encontrar relaciones entre las palabras que designan divinidades en otras lenguas y las que las designan en las lenguas indígenas. Ejemplo: el *teo* griego y el *teotl*, mexicano.

las miradas retrocedieron a encerrarse bajo los párpados. El miedo les recorrió como un agua helada de la cabeza a los pies.

El tiempo dejó regadas entre ellos varias semanas y en una hora idéntica a aquella en que la niña naciera, resolvieron, después de pensarlo mucho, ir a buscarla. Untaron con una extensa mirada la montaña y sin hablar soltaron los primeros pasos. Caminaron tan de prisa que el sol no tuvo tiempo para calentarlos y el pedazo de tiniebla de los árboles sólo conseguía por unos segundos apagar la sombra de sus cuerpos. Cuando la tierra comenzó a arrugarse y en vez de arena tuvo piedras, tal un camino que envejeciera, se alegraron grandemente; eso indicaba la cercanía de la niña. Unos pasos más y la tierra se enarca. El descanso les muestra entonces las rodillas y en ellas se sientan y recogen unos granos de reposo. Después, en un unánime ímpetu, inician la ascensión, y antes que el cansancio los retuviera de nuevo, llegaron a la parte más alta. Allí, sobre una piedra, la niña cavaba un pozo. Levantó los ojos para verlos y en los hilos de sus labios se tendió al sol una sonrisa. El asombro les subió a los ojos y en sus bocas se agrupó el silencio. Conteniendo el aliento, esperaron.

A la mitad de la piedra desmenuzada, la niña, como si se persiguiera a sí misma, giraba, giraba. Súbitamente brotó agua del hoyo y la criatura, sin moverse del centro, como antes, dio vueltas y vueltas hasta tornarse culebra, y el agua, girando en torno suyo, le subió hasta la cabeza. Otra vez el

miedo los bañó con sus aguas frescas. Y vieron a su hija hacerse lluvia; y sin seguir caminos deshizo los árboles y buscó el pueblo; sus primitivos cabellos se soltaron y cada uno fue un hilo de agua. Y era como si llevara la lluvia colgada de los hombros.

Desde ese día la lluvia viene de la montaña y camina al compás de una música. Y se cumplió la profecía: oímos la danza, pero no vemos la niña.

Y cuando llega de noche el viento, siempre aliado suyo, aparta una ráfaga, y la ráfaga al pie de las puertas, imitando a la serpiente originaria, se enrosca y silba.

El lago de Santa Teresa



LAS CIUDADES fundadas hasta entonces eran tan nuevas, y los hombres que las habitaban tan recientes, tan primitivos, que conservaban el color de los adobes; pero no por eso algunos hubieran dejado de comer, en tan pocos días, todo el mal posible.

Dios sabía muy bien todo esto, y queriendo remediarlo, mandó llamar al cielo al hombre más bueno de toda ciudad para tornarlo santo y darle poder para restituir la bondad perdida de aquellos hombres. Y desde allí todas las ciudades tuvieron un santo patrón.

Aquellas ciudades, por pequeñas, no podían contener dentro de sí, como sus latidos, a todos los hombres, y algunos andaban dispersos por los montes. Esto también era sabido de Dios y así fue que le dijo a Santa Teresa, quien tuvo siempre su morada en el cielo, que bajara a la tierra y fundara, en la más bella región, una nueva ciudad para congregarlos.

Como con luz de cirio, la santa buscó el rincón de tierra deseado hasta encontrarlo, un mediodía, en Ciénaga Grande o *Cienigrande*, como decimos hoy, cerca de Juchitán, cerca de San Mateo del Mar. Quieta, larga hasta el Pacífico donde entonces desembocaba, y de aguas tan profundas, tersas y

transparentes, parecía contener luz solidificada. El calor era en ese momento limpio, grande, sin mezcla de aire. Y Santa Teresa, bajo una sombra, cerca del agua, vio llegar, revueltos, a todos los animales de la selva a borrar su sed y también a todas las aves. Llegaron asimismo, uno tras otro, tres hombres: un rico primero, después un hombre bueno y un ladrón al último. Con varias bolsas de dinero, el mercader parecía volver de un viaje de negocios de los poblados del contorno. Bebió y al irse dejó olvidado su dinero a la orilla del agua. No había caminado lo que hoy sería una legua, cuando recordó su olvido, y el ladrón después de beber recogió el dinero y huyó con él. Mientras el rico llegaba y el ladrón desaparecía, el hombre bueno llegó para bañarse. Estaba hundido hasta el cuello en el agua cuando el rico comenzó a lanzarle desde la orilla, tal si fueran piedras, las palabras duras, ásperas, de su reclamación. Y el hombre de Dios, con un poco de espanto en las pupilas, contestaba que nada sabía. El rico esperó a que el supuesto hurtador volviera a la orilla y entonces, con un medio desconocido, le apagó la vida.

Desde la sombra donde descansaba Santa Teresa observó, sin intervenir, el crimen. Después subió al cielo y refirió esta historia.

—No podrá fundarse nación alguna con esos hombres. Habrá que destruirlos.

Eso se oyó en el cielo. Y añadida una discusión escabrosa, poblada de objeciones, entre Dios y la Santa que defendió a aquellos seres hasta sublevarse. Y esta vez sola, sin la licencia

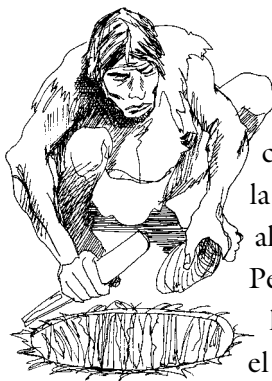
de Dios, volvió a Tehuantepec para poner, unos tras otros, los cerros enfrente de la otra afirmación celestial.

—El mar saldrá de sus caminos para llevárselos.

Santa Teresa llevó junto al agua, con las manos, una cordillera. Por alta, creyó que las olas no podrían saltar por encima de sus hombros, pero el mar no lo intentó siquiera, sino que afiló sus olas en una sola punta y golpeó la muralla hasta agujerearla.

Y una noche, después de que los hombres habían dormido, despertado y vuelto a dormir, el mar, angosto, por aquella boca salió para ahogar a la tierra. Antes de morir la santa pidió perdón y Dios refrenó la bravura del océano, y el océano, manso, volvió a su cauce, pero mantuvo dos brazos fuera. Y nosotros les llamamos lago Superior o de Santa Teresa, al más grande, y lago Inferior al otro.

Fundación de Juchitán



LOS PEQUEÑOS patos silvestres llamados *piji-jes*, que la víspera del *Gucigue* oímos pasar cantando por las noches, habían propagado la muerte de Santa Teresa. Y su alma, vuelta al cielo, la había recogido Dios en su seno. Pero la ciudad en la que quería reunir a los hombres dispersos no estaba construida; y el Señor persistía en su propósito. Y mandó a sus emisarios a llamar a Vicente Ferrer, quien no obstante su niñez era ya santo. Dios le dijo:

—Baja a la tierra y haz que sea erigida la ciudad que Santa Teresa no pudo construir y guarda en ella a los hombres cuya bondad salvó de la catástrofe del mar—. Sin sonar su alegría, el santo volvió a la tierra para cumplir la orden celestial. En el lugar que tocaba cuando descendió, el aire era fino y claro, como tendido a blanquear al sol; la tierra fértil, el agua a flor de luz; la lluvia vivía en lo alto, pero dócilmente acudía cuando se la llamaba; la selva se apretaba próxima, rogando con los brazos llenos de frutos.

—Éste no será el lugar de mi ciudad —comprendió San Vicente—, pues los moradores no tendrían trabas ni peligros, y se volverían indolentes y lentos de espíritu; y yo quiero tener hijos trabajadores y prontos.

Abandonó aquella región, donde a la mañana siguiente fue Tehuantepec, y peregrinó por la comarca buscando un terreno en donde el aire fuera grueso y sucio, la tierra árida, el agua profunda, la lluvia indócil, y la selva tendida al pie del horizonte. Y cuando dio con él, el descanso bajó a su corazón.

Aquel mismo día, reunió a los primeros hombres; levantó la primera casa; sembró el primer pozo cuya agua no brotó sino a las siete brazas de profundidad. En torno al primer pozo y a la primera casa, el tiempo reunió los otros pozos y las otras casas que forman la ciudad de los hombres valerosos, porque para anidar su vida deben ir a la selva tendida al pie del horizonte, a disputar a las fieras el material de construcción y oír, revueltos con los suyos, los pasos del viento, personaje delgado, alto, con dos alas grises gigantescas, y al que sólo pueden ver los mudos y los recién nacidos, porque no pueden contarlos... La ciudad de los hombres laboriosos, porque para derretir su sed, junto al río muerto, necesitan cavar pozos siete brazas profundos; y rasgar el pecho de la tierra, después de escasos aguaceros, para que dé sus frutos.

Y en todos los movimientos de sus actuales habitantes, se repite el valor, el ruido y la desventura de los primeros hombres.

Mudubina y Stagabeñe



CUENTAN en los pueblos zapotecas del Istmo, cuando una ocasión propicia revive en nosotros al niño narrador de fábulas, una dolorosa historia de amor: la leyenda de la *mudubina* y el nenúfar, *stagabeñe* en Dichazaa: un abismo de dolor contenido en la pequeñez de un cáliz, igual que la hostia, un abismo de luz.

No siempre fueron la *mudubina* y el nenúfar flores del agua; en el principio fueron terrestres: en la selva, al lado de la vara de San Juan y de la flor del campo, vivieron en una inocente promiscuidad. Errando una mañana *Stagabeñe* encontró a *Mudubina*. Viéndola cerrada, la definición misma de la doncellez y símbolo de la espera en la mecánica del amor zapoteca, reconoció en ella a la mujer que le estaba asignada. Y a lo largo del día la enamoró.

Con el cuello vuelto hacia ella, lo encontró el mediodía, lo encontró la tarde. Cantó la paloma: *Sola estoy*, cuando la intensidad de la luz repitió ante sus ojos la noche en que perdió a la madre; pero *Mudubina* permaneció muda: los múltiples labios de sus pétalos no se levantaron para perfumar, porque las flores hablan perfumando. El canto del *cuiga*, el viejo pájaro agorero, comenzó a halar la noche. Y

de pronto la luz se hizo negra, y en la rama más alta del cielo brotó la primera estrella. El nenúfar dobló la vencida cerviz. Pero la última palabra, como siempre ha ocurrido, fue su mejor palabra. Certera, recta, convenció y conmovió a *Mudubina*, quien levantando los párpados le respondió que sí. Y la res puesta en una onda gigante se propagó por el monte. Pero *Stagabeñe* estaba muerto. Y a lo largo de la noche, *Mudubina* veló su cadáver. Y con el primer diluvio anegó la tierra. Al amanecer, como un astro, se apagó. Y se quedaron desde entonces los dos, uno del lado del otro, habitando sus lágrimas. Y los zapotecas la llamaron *Mudubina*: *mudu*, botón, capullo; *bina*, lloro: el capullo que lloró.

Desde aquellos días, cada vez que es el *gucigie*,¹⁰ cuando la noche llena su copa, como de mil burbujas la *mudubina*

¹⁰ Había una división popular del tiempo zapoteca: se dividía en tiempo de lluvias y en tiempo de secas. Y estas dos en otras dos: tiempo de sembrar y tiempo de cosechar. Porque la agricultura fue un fundamental quehacer. *Guciguie* o *gucinisaguie*; *gosiguie* o *gocinisaguie*, como debe haberse dicho en los orígenes, era el tiempo de lluvias, es decir, de siembras. *Guci* o *guciuu* o *gociuu* o *cosijo*, como escribieron los cronistas y autores de Artes y Vocabularios, quiere decir tiempo, estación, nuncio. Esta última forma es la que oímos pronunciar y leemos dándole valor individual a la *j*, lo cual es un error. La *j* era en la pluma de los hombres del tiempo de la Conquista la manera de duplicar la *i*, cuando la sílaba era larga. El *cosijo* de Córdova no es más que mi *gusi:u* o *gusi:n*, que en el Sistema Alfabético Internacional el sonido largo se indica con dos puntos.

Esta partícula *cosijo* o *cosiuu* o *gusiin*, entra en la formación de los nombres de nuestros dos últimos soberanos: Cosiojeza y Cosijopi, que debieran ser Cosiozaa y Cosiobii; y deben ser modernamente, Gusizaa y Gusibii, porque la letra *c* se volvió *g* y la *o* se convirtió en *u*, y los dos puntos de la primera palabra desaparecen en las palabras compuestas. Y en cuanto a la *p* de cosijopi, hay que decir que los primeros misioneros siempre oyeron *p* donde había *b*, porque efectivamente estas dos letras son muy semejantes en la lengua zapoteca.

puebla las lagunas; y hasta el canto de los sapos y las ranas se embellece: se le creería voz del lodo florecida en la superficie de las aguas. Y durante el día resplandece el *stagabeñe*, igual que mil cirios alumbrando el cadáver de su doncella esposa.

El Niño Dios retorna



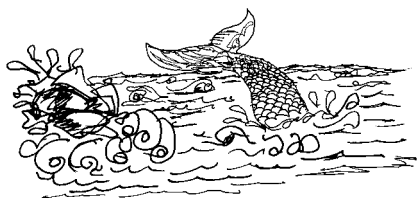
EL NIÑO zapoteca puede saber, con sólo oír lo que cuentan los abuelos y las pilmmas, qué tiempos corren, qué fiestas se aproximan, si fiestas reales o fiestas de guardar. Las fiestas reales apenas dejan en su mente un tenue rastro que después los años, como una leve brisa, borran para siempre. Las fiestas de guardar, por el contrario, trabajan su fantasía, su capacidad mentirosa: los complica, les da alas. Y entonces cuentan fábulas sutiles, que el niño oye embelesado. Fábulas que aunque han caminado muy lejos dentro de ellos, un día regresan y vuelan hacia afuera. Entonces es llegado el momento de referirlas a los niños: el niño se ha vuelto abuelo.

Ningún tiempo más propicio para narrar historias que el mes de diciembre o de *Natívitá*, como los zapotecas pronuncian natividad, en un acomodo de la palabra a su lengua. Entonces parece que retorna, que revive en todo hombre el niño que se ha sido y que se quedó viviendo para siempre en nosotros. Una a manera de Niño-Dios, bueno, inocente, crédulo. Cuentan, pues, en esos tiempos nuestros mayores muchos pasajes de la vida de Jesús, a quien algunos dicen haber conocido. Porque, ¿saben?, Jesús estuvo en tierras de Juchitán y de Tehuantepec. Y habló zapoteco.

Una de las mentiras que refieren es, que la noche del 24 de diciembre, que es milagrosa y providencial, buena para que Dios se manifieste a los hombres, ocurren estas tres cosas: la sirena del mar, la flor del higo y el dios del viento. Pero eso sí, sólo los niños, los mudos y los hombres virtuosos, porque no pueden contarlos, pueden verlos.

Cuando yo era niño, porque yo también he sido un niño, recorrí muchas leguas de playa esperando ver a la sirena del mar; pero me faltó virtud, que en el zapoteca de hoy significa algo así como santidad, para verla. En cambio vi la flor del higo y el dios del viento... Pero se me ha olvidado.

La sirena del mar



LA NOCHE del 24 de diciembre es noche providencial, milagrosa. Cuando niño —porque hay niñez allí donde reinan los cuentos—, salía a caballo a recorrer la playa para ver salir a la media noche a la sirena del mar, para escuchar su canto, revuelto con los tumbos y retumbos de las olas. Tal vez por la canción del mar; acaso porque nos faltara virtud; o porque algunos de los ritos no se cumplían debidamente, nunca la vimos ni oímos su cantar. Sólo la canción del mar, sólo el cabeceo de las olas, su solo cabrilleo. Yo la vi y oí una vez, pero se me ha olvidado...

La flor del higo



LA DEL 24 de diciembre es noche milagrosa.
Es la única vez en que la higuera florece.
Pero su flor, blanca, ancha, de pistilos nudosos, sólo pueden verla los niños y los mudos porque no pueden contarla. Para verla hace falta inocencia, tener puros los ojos. Nadie que no tenga virtud –y en zapoteco virtud es sinónimo de magia, inocencia, candor– la vio jamás: los niños, los mudos, sí. Y quien la vio y no supo guardar el secreto perdió el habla, si es que no cayó muerto mientras lo contaba. De niño velé para ver abrirse, como una estrella rutilante, la flor del higo. Y una vez... Pero se me ha olvidado.

El murciélago



Las mariposas que hoy vemos, ingraví-
das, que se pueden posar en las flo-
res, en la superficie de las aguas
y hasta en las trémulas ramas del
aire, no son otra cosa que una fracasada ima-
gen de lo que el murciélago fue en otro tiempo: el
ave más bella de la creación. Pero no siempre fue así. Cuando
la luz y la sombra echaron a andar, era como ahora lo co-
nocemos y se llamaba *biguidibela*: *biguidi*, mariposa, y *bela*,
carne: mariposa en carne, es decir, desnuda. La más fea y más
desventurada de todas las criaturas era entonces el murciéla-
go. Y un día, acosado por el frío, subió al cielo y dijo a Dios:
—Me muero de frío. Necesito de plumas.

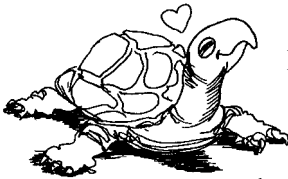
Y como Dios, aunque no cesa de trabajar, no vuelve las
manos a tareas ya cumplidas, no tenía ninguna pluma. Así fue
que le dijo que volviera a la tierra y suplicara en su nombre
una pluma a todas las aves. Porque Dios da siempre más de lo
que se le pide. Y el murciélago, vuelto a la tierra, recurrió a
aquellos pájaros de más vistoso plumaje. La pluma verde del
cuello de los loros, la azul de la paloma azul, la blanca de la
paloma blanca, la tornasol de la chuparrosa, su más próxima
imagen actual: todas las tuvo el murciélago. Y orgulloso vola-

ba sobre las sienes de la mañana, y las otras aves, refrenando el vuelo, se detenían para admirarlo. Y había una emoción nueva, plástica, sobre la tierra. A la caída de la tarde, volando con el viento del poniente, coloraba el horizonte. Y una vez, viniendo de más allá de las nubes, creó el arco iris, como un eco de su vuelo. Sentado en las ramas de los árboles abría alternativamente las alas, sacudiéndolas en un temblor que alegraba el aire. Todas las aves comenzaron a sentir envidia de él; y el odio se volvió unánime, como un día lo fue la admiración.

Otro día subió al cielo parvada de pájaros, el colibrí adelante. Dios oyó su queja. El murciélago se burlaba de ellos; además, con una pluma menos padecían frío. Y ellos mismos trajeron el mensaje celestial en que se llamaba al murciélago. Cuando estuvo en la casa de allá arriba, Dios le hizo repetir los ademanes que de aquel modo habían ofendido a sus compañeros; y agitando las alas se quedó otra vez desnudo. Se dice que todo un día llovieron plumas del cielo.

Y desde entonces sólo vuela en los atardeceres en rápidos giros, cazando plumas imaginarias. Y no se detiene, para que nadie advierta su fealdad.

Bigü



EL DÍA en que Dios repartió los nombres entre los animales, la tortuga no estuvo presente. Tampoco Noé la encontró cuando anduvo por la tierra juntando a todas las criaturas del Señor, para llevarlas en su arca al cielo. Porque la tortuga vino al mundo después del Diluvio.

El agua desprendida del cielo durante la noche larga del Diluvio Universal, fue bajando de nivel hasta que la tierra, desnuda, se tendió a secar al sol.

Entonces Dios mandó a muchos animales a averiguar si era tiempo de que volvieran a poblarla. Entre ellos vino el zopilote. No le importó la misión, ni regresó al cielo, sino que se quedó aquí a comer cadáveres.

Un día, de entre el lodo, vio animarse un pedazo de barro: era la tortuga. La pobrecita, sin palabras, sin nombre, estaba tres veces sola. Y como el zopilote no había vuelto a hablar desde que bajó del cielo, dio rienda suelta a una plática larga en la que con frecuencia caía el nombre de Dios.

—Llévame a conocerlo —dijo la tortuga. Y rogó largamente.

Pero el zopilote, por temor de ser castigado por su desobediencia, se negaba, también largamente.

—Está bien. Sube —dijo por fin, cansado de oír los ruegos de la tortuga.

Abrió las alas. Y en medio de las dos, la tortuga se afianzó.

Habían volado unas horas, y desde la tierra ya no se distinguía el nudo negro de sus cuerpos, cuando la tortuga dijo:

—¡Qué mal hueles!

El zopilote, que no oyó bien las palabras de la tortuga, ladeó la cabeza, preguntando:

—Dime, ¿estás hablando?

—No —respondió la tortuga.

Instantes más tarde la tortuga protestó una y otra y otra vez. Y la tercera protesta la escuchó entera el zopilote. Una racha violenta le ladeó las alas y la tortuga —¡pobrecita!— cayó a la tierra, rompiéndose en cien pedazos.

Cuando Dios bajó del cielo, amorosamente unió sus partes. Y la llamó *bigu*, que es una forma de *bigü*, que quiere decir fragmento, polvo, desecho. ¿No han visto ustedes cómo la tortuga tiene el carapacho remendado?

La cigarra y la iguana



SE ENCONTRARON en un día caluroso de abril, a la hora en que todos los pozos abren la boca para tragarse el sol, en lo más espeso del monte, la cigarra y la iguana.

He aquí a dos animales famosos. La iguana por su capacidad de resistir la sed y el hambre; la cigarra, constructora, esposa de carpintero, que en ese tiempo asierra un árbol que no acaba de caer; y en la tarea se rompe y muere, y al morir clava las uñas al tronco y allí se queda como escama, como cáscara, hasta que los niños la desclavan para ensartarla. Y las mujeres y las niñas del pueblo las lucen como collares.

La iguana dijo:

—Apuesto a que resisto más tiempo que tú la sed y el hambre.

—A que no, respondió la cigarra, interrumpiendo su labor.

Juntas, una del lado de la otra, buscaron las cáscaras de un árbol para depositar la apuesta.

Después, en un tronco hueco. La iguana dijo:

—Me esconderé en este hoyo, y tú cantarás en la entrada: así tendré la seguridad de tu presencia.

Y la cigarra soltó el hilo de seda de su canto, que fue amontonándose al pie del árbol hasta que vino la muerte con sus tijeras a cortárselo.

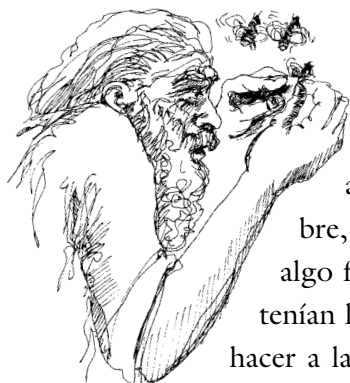
—He ganado la apuesta, dijo la iguana.

Y en el hoyo se hizo arco; asomó la cabeza, pero vio a su contrincante adherida al tronco.

—No es cierto que esté muerta; sólo está cansada, dijo.

Y estuvo observándola hasta morir...

La abeja



NO ERA sábado, no era domingo: era un día que los calendarios no recogieron. Ya todo estaba hecho. Las aves, los peces, los animales, el hombre, las rosas, todo estaba hecho. Pero algo faltaba: faltaba la abeja. Los hombres tenían la sal, pero no el azúcar y Dios quiso hacer a las abejas para que trabajaran la miel, que fue el azúcar de los primitivos.

Juntó arcilla rubia de las márgenes de los ríos, y un poquito de sal y un poquito de polen; cargado de estos menesteres, se acercó a la orilla del mar, que en todo ha de estar presente.

Trabajaba el artífice. Salida de sus manos la pareja de cada especie, era expuesta al sol para secarse y, seca, la brisa la levantaba y la perdía en el azul de la mañana.

Pero el diablo no duerme, trabajaba tanto como Dios. Fue acercándose a la orilla del mar para interrumpir, en lo que pudiera, la obra del creador. Estaban sobre la arena que de tan blanca parecía polvo de perlas, la abeja y el abejón, y el diablo los partió por la mitad. Viendo aquello, Dios tomó las dos partes, las afiló, y anudándolas, las lanzó con su soplo hacia la lumbre del mediodía.

Por eso las abejas tienen el talle delgado y de todos los insectos son aquellos en quienes el ruido de las alas es más sonoro y musical. Es que el soplo del Señor persiste en sus alas. Y, volando en torno de las flores, resplandecen.

Del pez que cenó San Juan



SE PESCA en las aguas del Istmo de Tehuantepec, cuando el sol de marzo convierte en ríos ilusorios los caminos y en la punta de la brisa flamea la canción de la cigarra, un pez pequeño llamado en lengua nativa *benda gudó apóstol*. Menor que la mojarra, sin plata ni rubí en las escamas, sino desteñido, cadavérico y apagados los ojos, la fantasía y la ternura zapotecas se valieron de él para crear una de sus leyendas sagradas.

Se dice que estaban una tarde un pescador llamado Juan y otros compañeros, sentados sobre el labio del mar. Agonizaba el día y consumidas sus carnes, se dijera que se le veían los huesos. Y, como en las festividades luctuosas del pueblo, unas sirenas se congregaron para hilarle un sudario con la espuma que las olas formaban en la orilla. El crepúsculo, rimado de golondrinas, invitaba a la ensoñación. Mudos, los pescadores parecían atentos a un acontecimiento que oyeran venir.

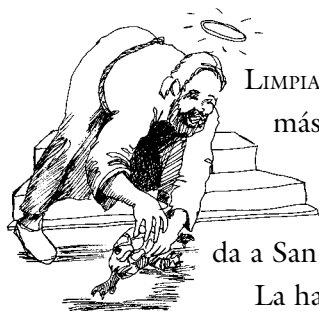
Sobre la arena moría el fuego en que acababan de aderezar la cena: comía cada uno su porción de pesca mientras la noche crecía con un dedo sobre el labio. De pronto, de la garganta de la sombra surgió un grito. Un instante se vieron los

rostros los pescadores, interrumpida la cena. El grito se repitió una y otra vez, hasta que uno de los pescadores respondió. Y por la senda que en la noche trazaban las respuestas, se llegó hasta ellos un hombre, diciéndoles que esa tarde había llegado Jesucristo a Juchitán. Y sabiendo que Juan ansiaba conocerlo, se habían apresurado a llevarle la noticia. Dicen que de sólo oír el dulce nombre su hambre se detuvo y que un ímpetu de caminar le pobló los pies.

—Iré al pueblo —dijo Juan.

Y tomando el pez que cenaba, lo arrojó al mar. Como aquella noche era providencial, el pecesito recobró la vida, propagando en el fondo de las aguas el milagro. Juan, convertido en pescador de hombres, fue, andando los días, el poeta de los *Evangelios*; y en las aguas istmeñas se multiplicó la pesca mutilada. Y ahora, en los mercados de Tehuantepec y Juchitán, se la agrega a la compra de pescado durante la Cuaresma. Y puede verse que por uno de sus costados, aquel que había comido el apóstol, como a Jesús, se puede contar las costillas.

La tortuga



LIMPIA, brillante como el agua en que vivía, y más bonita que mandada a hacer, la tortuga sirvió en los primeros días de la religión cristiana en Iztaxochitlán, como ofrenda a San Vicente.

La había grande y pequeña; un poco amarilla la una; negra, muy negra, la otra. Se arrastraban las dos bajo el agua dulce y el agua salada, y de trecho en trecho asomaban la cabeza a la superficie, para tomar un poco de aire. Se iban a la tierra —lo que alguna vez ocurría—, dejaban un rastro de dibujos caprichosos, que más tarde como que las zapotecas copiaron en el bordado de sus enaguas y huipiles.

Los hombres salían en los aniversarios religiosos, en las fiestas de guardar, a buscarla, y lo mismo en el agua que en la tierra, la capturaban con las manos.

Torpe, eso sí, lo mismo hace días que pasado mañana, colocada al pie de los altares, era menester acercarle una llama a la cola, que entonces no la tenía tan corta y fue el procedimiento el que la redujo, para que menos lenta subiera por su propia lentitud hasta el santo. Y subía regando mansedumbre. Sucedió algunas veces que guardaba dentro de su concha la cabeza, las patas y la cola, pero entonces su martirio era

peor; era como si saliera de la brasa para caer en las llamas: con más crueldad la obligaban.

Un día San Vicente tuvo piedad de ella y bajó, ante el azoro de los creyentes, dos gradas de su altar para levantarla; la tortuga, pudorosa, guardó la cabeza y desde adentro suplicó al santo que la hiciera fea para que ya nadie la buscara.

Y San Vicente, milagroso, sin decir una palabra le hizo grandes los ojos y aplastada y en punta le terminó la cabeza; y le puso sin cuidado los dedos sobre su concha, cambiándosela.

Fea, con la cola disminuida, bajó las gradas y lentamente regresó al agua.

Nadie volvió a ofrendarla, pero hasta hoy, cuando se la encuentra, segura de su fealdad, roja de pudor inclina la cabeza y la guarda como aquella vez la guardó ante San Vicente.

Para-guyeu



POR EL CAMINITO negro se oían redondos, limpios como los cascots que los dibujaban, los pasos del burro, y de cuando en cuando, una palabra de José y otra de María.

Dice la leyenda que iban de Belén a Egipto, huyendo de Herodes y que sólo podían huir de noche. Y que el ave nocturna cuyo nombre es el significado de su grito, saliéndoles al camino parecía preguntar a uno de los tres, quizá a Jesús: *-Para-guyeu*, que interpretado es: *-¿Dónde fuiste?*

Cubría el camino, pero el burro, como un ciego sordo, pasaría sobre ella, si el ave no abriera una fuga con las alas para cerrarla más adelante y repetir, tendida en la tierra, la pregunta.

Cuando amanecía los peregrinos esperaban, escondidos en el monte, a que la noche regresara; el ave, como del mundo entero desaparecía también. Apenas sin salidas alumbradas cerraba la noche sus puertas, los fugitivos continuaban su marcha; y el *para-guyeu* formulaba otra vez, hasta amanecer, de trecho en trecho, su pregunta. Su voz era grande, parecía del tamaño de la noche, del tamaño del mundo, y la divina pareja se bañaba de temor, pensando que Herodes podía

oírla. Una noche Jesús realizó el primer milagro haciéndola pequeña; y la voz que desde allí dijo, fue del tamaño de su cuerpo. El ave supo que era cosa de Dios. Y aunque hasta hoy pregunta, untada en el suelo, negra y fea, al caminante dónde fue, durante la Semana Mayor muda de grito por otro desesperado:

—¡Murió! ¡Murió!...

Y hasta el hombre más bueno aterra, como si viniera desde la hora en que Jesús murió y fuera la propia voz de la muerte.

La milpa salva a Jesús



ERA EL mediodía, en tierras de Ixhuatán. Caminaba Jesús, perseguido por los judíos, por un entrecerco, rumbo al río Ostuta. Muerto iba de sed y de calor.

De pronto vio venir por la otra punta del camino, el otro extremo del entrecerco, a otra banda, o partida de judíos que le cerraba el paso.

Había allí cerca, a su derecha, un sembradío, una milpa recién nacida –en *du'za'*. Hacia la sementera se precipitó Jesús, arrastrándose bajo la última hilera del alambrado. La milpa creció en un instante: de *du'za'* que era se hizo *señorita*, que es como se la llama cuando la mata de maíz suelta la cabellera multicolor. Entre las matas tuvo Jesús, otra vez, nueva salvación, ante el azoro de los judíos.

Y éste fue uno de los más portentosos milagros de la pasión del Señor.

La golondrina



ENTONCES, este lago de Santa Teresa no contenía, como hoy, agua muerta y escasa, sino viva y abundante, y no había monte cercano a su orilla, sino una cinta ancha, blanquísima, de playa.

Perseguido Jesús por los judíos, sucios de ira, hacía varios días, lo mismo si llegaba o se iba la luz, caminaba una mañana junto a sus olas. Y la golondrina que se desvelaba por él en fuerza de adorarlo, lo seguía para borrar sus huellas arrastrándose en la arena. Esa mañana, de tan cercanos, sus pasos y los de sus perseguidores se oían juntos. Una mano enemiga extendida le llegaría al hombro; pero el Niño, en rápido ademán de cruzar el agua, avanzó varios metros de profundidad adentro. Y el mar, apagadas sus olas, no le subió más arriba de las rodillas.

Los judíos, espantados, retrocedieron ante el milagro.

Pero la golondrina, por no haberlo visto volver a la playa limpia de enemigos, continuó su vuelo buscándolo. Cuando llegó al otro lado, la pena le había teñido de negro desde el pico hasta la punta de las plumas de la cola, conservando desde entonces blanco sólo el pecho, para recordar a los hombres que con él borró sobre la arena las huellas del Señor.

Varios días después volvieron los judíos para recoger en el aire la palabra que confirmara la noticia de que Jesús había cruzado el mar. Pero no fue así. En la arena encontraron sus huellas. Y como la golondrina no lo seguía para borrarlas, ese mismo día, junto a la noche lo aprehendieron. A la mañana siguiente Jesús había muerto.

El mar no ha vuelto a crecer: es el Mar Muerto desde aquel día. Y la golondrina sigue volando a su orilla, negra de pena, con el pecho blanco, a ras de tierra, como si se le hubiera caído la sombra y quisiera levantarla con el pico.

El olivo



LOS PRIMEROS zapotecas debieron creer que las hojas más tiernas del olivo silvestre, eran sus flores. Y le llamaron *xquicyase*: sus flores negras. Parece siempre que apenas ha cesado de llover sobre él, porque como si la lluvia le pintara de ese verde inaudito, tiene las hojas brillantes. Religioso, lo mismo si alguna vez dio el fruto del que se elabora el aceite para los altares, que hoy que da sus ramas para adornar las fiestas sagradas, tiene para nosotros un motivo más de adoración.

Se cuenta que cuando Jesús huía hasta que la noche enredándole cansancio a los pies le obligaba a descansar, y echado al suelo esperaba que la mañana siguiente le volviera despejada la vereda a los ojos, este árbol fue uno de los que se apiadaron de él. Un día, a la hora en que los ojos campesinos lentamente mueren, un olivo que le vio venir inclinó sus ramas y fue cerrando, poco a poco, sus hojas. Y el Niño compendió. Milagroso, dulce, casi mudo, no dijo una palabra y reduciéndose al tamaño de la hoja, entró en una de ellas y el olivo las cerró todas hasta amanecer. Cuando Jesús supo que los judíos habían descubierto dónde dormía, no volvió a quedarse como el hueso de un fruto, en la hoja cerrada del olivo.

Y el árbol religioso que suponen que da flores negras y que no volvió a frutecer, hasta hoy, cada vez que la noche sobreviene, súbita, todopoderosa, como si la oyera, se inclina un poco y cierra las puertas de sus hojas.

El carrizo



UNIDO en grupos, el carrizo crecía, jubiloso entonces, con el viento enredado en las hojas, en las silenciosas orillas de los ríos. No tenía, como hoy la tiene, hueca la vara en que cuelga sus hojas angostas y largas, sino llena como de un algodón que fuera duro.

Pero he aquí que Jesús ya no hallaba refugio seguro en parte alguna y el último —la hoja del olivo— acababan de descubrirlo los judíos. Pequeñito, igual que un grano de arena, Jesús cayó en un carrizal. Se introdujo en el puño cerrado de las raíces y se puso de pie en el centro, a lo largo de uno de los tallos. Delgado, no más grueso que el vacío que lo cercaba, nadie que no fuera el pájaro carpintero pudo descubrirlo. Y habiéndolo aprehendido los judíos lo clavarón, el más negro de los atardeceres, en una cruz.

Desde entonces, para recordarlo y ayudar a los hombres que todo lo olvidan, el carrizo es hueco, triste, sin corazón, porque Jesús se lo deshizo al ponerse de pie a lo largo de su tallo. Y cuando quemamos los campos, los carrizales simulan un incendio de banderas en el que sólo se salvaran las astas.

El plátano



AQUÍ ENTRA ahora, con el traje ceñido al tallo, el plátano, el otro árbol incorporado a la religión zapoteca. Como sus hermanos el carrizo y el olivo, era distinto antes de Jesucristo. En aquellos tiempos, apenas brotaba agregándole estatura, la última hoja se abría al sol como una amplia mano; pero cargado de frutos, el hombro inclinado, simuló siempre un Jesús vegetal camino del Calvario. Así era este árbol fresco de los trópicos cuando aún no venía Jesús.

Pero un día subió a su copa el Niño del Viento, cargado con la noticia de que el otro, el Niño-Dios, huía hasta esconderse en la noche, perseguido por judíos.

La noche de aquel día el plátano se dio tal prisa que al amanecer, como una hoja nueva, estaba más alto. Y la hoja le había brotado enrollada; y aunque no lo decía, eso era para que el fugitivo pudiera, a plena luz, descansar envuelto en ella. Y Jesús varios días dejó de huir.

De la hoja, la noticia bajó a la flor y de la flor al fruto. Y el fruto, el que se llama guineo, más que los otros, esconde dentro de su carne formadas con semillas minúsculas cruces.

Por esto las gentes zapotecas, cada vez que cortan uno, si no pueden evitar cortarlo, se llenan de señales de la cruz el rostro, y la boca de exclamaciones. Y perpetúan esta leyenda volviendo a referirla.

La urraca



LA URRACA vivía antes de Jesús sin preocupaciones, en lo más compacto de la selva, donde mecía su vuelo de una rama a otra. Su voz era distinta de la que tiene hoy: delgada, filosa hasta doler, que lanza a los hombres cuando los mira por los caminos de la montaña. Si dice “judío”, “judío”, no es por un simple capricho.

Se cuenta que ella fue la única que vio salir al Redentor del pueblo para huir; curiosa, nada más, desde lo hondo del bosque se acercó al camino para verlo; pero reconociéndolo llamó a sus perseguidores.

Santa María, llena de ternura, le ofreció en cambio de su silencio, su túnica azul. Desde allí, ella que era toda blanca se volvió azul, menos el pecho. Sin túnica la Virgen, sin gritos la urraca, la una volvió al pueblo, la otra a la selva. Pero unos días después la urraca tornó, y recogiendo su voz la arrojó nuevamente a los judíos.

La madre de Dios, Santa María, le ofreció entonces el hilo de gotas negras de su collar por unas gotas de silencio; hilo que desde entonces lleva la urraca ceñido al cuello. Una semana pareció muda. Y lo fuera indefinidamente si, mujer al fin,

no hubiera cambiado la gloria por las dos plumas finísimas que le barren la cabeza.

Pero había perdido el rastro de Jesús y deudora voló al norte y voló al sur, al oriente y al occidente, buscándolo. Y lo descubrió al salir de la hoja del olivo y en la hoja enrollada del plátano. Y las dos veces, mientras iba a llevar la noticia, el fugitivo desaparecía. Ya lo sabemos: el Niño-Dios se ocultó por último en la vara del carrizo donde, del lado de los judíos y del pájaro carpintero, ayudó a descubrirlo.

Y tiene, como sus aliados, un castigo que arrastrar. Por eso grita, sin objeto, sólo por castigo, a todos los hombres que pasan por la selva.

El pájaro carpintero



UNA VEZ por año, varias veces si el fuego sojuzgaba la selva derribando los árboles, el pájaro carpintero agujereaba un tronco seco para hacer casa nueva. Trabajaba entonces por necesidad, provechosamente. Así sería hasta hoy si los judíos, en mala hora, no lo hubieran convencido aliándolo con ellos.

Ya no dormía Jesús en la hoja del olivo; tampoco en la hoja más reciente del plátano –eso lo sabía muy bien–, sino en el tronco hueco, pero sin salida, de un árbol.

Una bandada espesa de pájaros carpinteros, seguida de una turba espesa de judíos, guiados todos por la urraca, se regó por los montes. Y agujereando el tronco seco y el tronco verde, lo encontraron al fin en el tallo del carrizo.

Murió Jesús, pero por la ingratitud al Hijo de Dios, el pájaro carpintero agujerea, no para anidar, sino por eterno castigo, el tronco verde y el tronco seco; no una vez, ni dos, ni tres, sino todos los días del año.

La langosta



HUBO una vez en la tierra una gran calamidad, una gran hambre, una nunca jamás vista carestía de maíz. La muerte reinaba en el pueblo. Sus pasos, su sombra, llenaba de espanto a los hombres. Las trojes, los *cuscumates*, se iban agotando; se guardaba el grano, como oro que es, igual que un tesoro; se contaban los granos del maíz: ni uno más de la cuenta. Llegó un día en que ya sólo había una mujer que tuviera maíz. Su hijo, hambriento, le imploraba unos granos. Y ella se los daba a disgusto, casi a la fuerza. Hasta que una vez se los negó. Lloroso se marchó, maldiciéndola.

A la mañana siguiente, cuando la mujer abrió la troje, una nube de langostas irrumpió de ella; atronó el espacio, cubrió la luz del sol, inundó el aire de un fétido olor.

Desde entonces la langosta es azote de los sembrados. Y por eso tienen en el pecho un grano de maíz. La langosta es un grano de maíz con alas.

Los árboles y la sequía



HUBO aquella vez una gran sequía, más grande que nunca la hubo. Ardía el campo, se quemaba la luz, ardía el aire, el silencio, la distancia. Los árboles caminaban rumbo a los ríos, a los arroyos, a los lagos, también secos. Eran los pozos un bostezo de aire caliente.

Fue entonces cuando el pino se puso en las puntas de los pies para alcanzar las nubes, y se quedó gimiendo por no lograrlo. Cuando al palo colorado —*bixólo*, en zapoteco— se le cayó la piel, se llenó de manchas, de quemaduras; cuando el roble clavó muy hondo sus raíces en la tierra en busca de algún venero, sin alcanzarlo; cuando el huanacastle creó estos frutos que parecen orejas, para oír por dónde corría el agua, y se quedó como en éxtasis, como en suspenso, silencioso, en espera de algún eco... Pasó el tiempo de secas. Otra vez la lluvia como una bendición del cielo cayó sobre los campos. El pino quedó altivo, pero sollozante; el *bixólo* con las ropas rotas y quemadas; el roble bien sembrado en la tierra; y el huanacastle con esos sus frutos que parecen orejas...

Cinco relatos ^{de} animales



Dios castiga a Conejo



EN LOS PRIMEROS días, el conejo no tenía largas las orejas, ni grandes y de fuera los ojos. Era, sí, tan inteligente y tan pequeño como hoy.

Un día, desesperado de su pequeñez, subió al cielo y le dijo a Dios:

–Padre, porque me has hecho tan pequeño, no puedo usar, como debía, mi inteligencia. Yo te suplico que me aumentes de tamaño y seré bueno.

–Bien. Si vuelves de la tierra con las cosas que voy a pedirte, haré lo que quieres.

Dios le dijo:

–Quiero una piel de *bédze* (tigre), una de *yaahui* (mono), otra de *béñe* (lagarto), y de *béenda* (culebra) otra.

Cuando Dios dejó de hablar, Conejo dijo:

–Me voy.

Y bajó a la tierra y lo primero que hizo fue buscar al tigre. Y por la selva rodó con su inquietud hasta encontrarlo. Le dio la mano y le platicó que el sol no había salido más de dos veces desde que él había vuelto del cielo. Y una a una contó las cosas que según él había oído de Dios. Llegó a una parte en que el relato pareció ponerse de pie, porque Conejo,

como si las palabras le pesaran mucho, apenas las subía hasta la boca.

—También supe que dentro de unas horas pasará entre nosotros un viento tan fuerte que arrastrará hasta el mar los cerros y los montes y con ellos todas las cosas grandes y entre las cosas grandes irás tú. Yo me salvaré; quizás sea ésta la única vez que mi cuerpo realice algo bueno: mientras barra el viento me esconderé en algún agujero.

El tigre, muy triste, se puso a pensar. Le rodaron unas lágrimas y Conejo, lo mismo que si se hubiera enternecido, le dijo poniéndole una mano sobre el hombro:

—Yo tengo una manera segura de salvarte. Buscaremos el árbol más grande y más solo y que esté, además, donde el viento no pegue tan fuerte. Te pondré una reata al cuello y te ataré a su tronco.

—Pero no hay reata, y nosotros no podemos llegar al pueblo.

—Sí, los hombres no nos quieren; pero de uno de sus platanares robaremos *láaza* (fibras).

Tomaron un camino y a una corta distancia el camino se arrastró y pasó bajo las trancas y con él se arrastraron y al ponerse de pie estaban dentro de un platanar. Antes que nadie, Conejo empezó a arrancar fibras; pero tan delgadas, que el tigre se vio obligado a decir:

—Deja, las arrancaré yo mismo.

Y clavó sus garras al tronco y separó anchas fibras hasta obtener muchas. Las juntaron en una, redonda, y buscaron el

tronco más grande y más solo, y de pie donde el viento pegara menos. Se la puso al cuello y lo amarró. Conejo se perdió en el monte. Pero apenas habían pasado unos minutos, volvió con un garrote y con él dio de palos, hasta matar al tigre. Tomó su cuchillo y le quitó la piel, y arrastrándola, de nuevo se perdió entre los árboles y las malezas, hasta llegar a su casa y esconderla. Tenía conseguida la primera y ahora buscaría la segunda piel.

Después de arreglarse y descansar, siguió un camino y pisándole la espalda se arrimó al pueblo. Sin temor a los perros, llega a una tienda. Compra un espejo, jabón y navaja de rasurar y vuelve a las selvas. Sus ojos no veían al suelo porque demasiado lo conocían, sino los árboles, en busca de monos, hasta encontrar una familia. Llevaba agua y empezó a hacer espuma; colgó el espejo de una horqueta y se rasuró. Al terminar y sin que los monos lo notaran, se pasó por el cuello el lado sin filo de la hoja. Abandonó los útiles y desapareció.

—Estos amigos imitan todo lo que hacen los hombres. Bajaré uno, hará todo y, al final, se pasará, como yo, la navaja por el cuello, sólo que del lado filoso.

Uno se descolgó del árbol; se rasuró y se cortó el cuello. Cuando hubo muerto, Conejo apareció retozando y le quitó la piel. Y lo mismo que con la otra, corrió con ella hasta su casa para guardarla.

Cerca había un aguaje, donde un lagarto era rey sin súbditos. Su crueldad hizo que los demás animales se alejaran y vivía solo. Para beberse un pedazo de lago, era necesario implo-

rarlo. A él llegaban muchos senderos, como si muertos de sed buscaran agua. Siguiendo uno de ellos llegó Conejo, con un *morro* redondo y negro en las manos. Lo había cortado en un llano, con la intención envenenada de jugar a la pelota.

Puso el *morro* en la orilla y le gritó. Lagarto, rompiendo con un bostezo la cara del agua, asomó la cabeza y dijo:

–Si quieres beber, bebe y deja de gastar tu voz.

–No. Tengo en las manos muchas ganas de jugar y quiero hacerlo contigo.

–Está bien.

Y Lagarto salió a la orilla y empezó el juego.

Mientras la pelota dejaba de estar entre sus manos, Conejo pensaba cuál sería el sitio más seguro para pegarle a su amigo y matarlo. La frente, pensó, y al menor descuido le pegó con todas sus fuerzas.

–Desgraciado: si en vez de pegarme en la frente lo hubieras hecho en el nacimiento de mi cola, me habrías matado.

Y furioso, sin terminar la maldición, agujereó el lago y se fue a su cueva.

–Conque en el nacimiento de la cola, ¿eh? –dijo Conejo, y rompiendo las hojas secas se perdió por la selva.

El resto de aquel día y la noche lo ocupó en dormir y soñar en lo grande que sería cuando le llevara a Dios las pieles. Al día siguiente, se levantó temprano; arregló su casa y, por una de aquellas veredas que la selva hacía valla cuando lo veía venir, llegó al aguaje. Lagarto guardaba en su corazón la semilla de una venganza, y sobre la arena, quiso hacerla

germinar; con la boca abierta llena de moscas, como muerto, se hallaba tendido al sol. Conejo, al verlo, pensó en voz alta:

—Ya está muerto.

Pero luego en voz baja:

—Me convenceré valiéndome de mi talento.

—Pobre amigo mío, está muerto. Como era tan bueno y los hombres buenos no deben morir, yo no puedo creerlo. Sólo hay una manera de convencerme si mi dolor tiene razón de existir y es que, si efectivamente está muerto, moverá tres veces la cola, como mi abuela al morir, tres veces la movió para convencernos de que estaba muerta.

Y Lagarto tres veces movió la cola.

Conejo, parándose un poco más lejos, le dijo:

—No te hagas el muerto, que puedes morir jugando. Párate y, como ayer, jugaremos a la pelota. Te prometo ser bueno, y si no cumplo, de tu taza no me des agua jamás.

—Si es así, no tengo inconveniente —dijo Lagarto. Puesto de pie, el dueño del lago estaba temeroso, y el que poco antes era su enemigo tiraba cuidadosamente.

Así estuvieron largo rato luchando, el uno por no dejarse pegar, y el otro, porque llegara la oportunidad del golpe. Como si el juego tuviera una curva, Lagarto dio media vuelta y Conejo, al tronco de la cola, le lanzó un pelotazo. Agitó las manos para despedirse y Conejo, cuando estaba bien muerto, le quitó la piel. Con trabajo mayor que las anteriores la arrastró hasta su casa.

No quería dormir y cada rato frotaba entre las manos la alegría, pero el sueño llegó de puntillas a cerrarle los ojos.

Y pasó encogiéndose la negra venda de la noche. Vino la mañana y Conejo salió al campo.

El césped estaba húmedo. En cada hoja había colgada una gota de agua y en cada gota estaba el sol. Comía tranquilamente cuando, de súbito, una culebra quiso morderlo. Conejo sintió revolcarse en su astucia y ágil como es, dio rápidamente un salto y en cada ojo le clavó las uñas. La soltó muerta. Con su cuchillo la desvistió y queriendo adelantarse a su propio camino, corrió desesperadamente a su hogar.

Buscó hasta encontrar una cinta de siesta; pero el sueño de su presencia ante Dios, llegó taconeando a despertarlo. Ató las pieles y por las reglas mágicas que poseía, subió al cielo. Se puso frente a Dios y le dijo:

—Aquí están, Señor, las cuatro pieles.

Y le relató cómo las había conseguido, y dijo por último:

—Hazme grande.

Dios lo miró con una mirada sin peso, para decirle:

—No. Eso no puede ser; si siendo pequeño eres como eres, si fueras grande quizá yo no sería Dios.

Y tomándolo de las orejas lo lanzó al suelo y al caer adelantó, para defenderse, las manos, y del golpe le saltaron los ojos y alargaron las orejas. Y volvió a la tierra, con las patas delanteras más cortas, las orejas largas y grandes y de fuera los ojos.

Conejo agricultor



CUANDO la luz arrastró del rancho el camino que la noche detuvo, el buey salió del corral para seguirlo. Pero el camino caminaba hacia el ocaso y el buey sintió cansancio y pisó fuera para entrar al llano. Su amo lo cuidaba como a sus sentidos y le daba de comer con mazorcas de maíz. El buey de este cuento dejó en el camino, lejos del rancho, un grano perdido entre un poco de estiércol.

La lluvia aflojó la tierra y tres días después asomó sus hojas una mata de maíz.

Conejo no vivía cerca: pero conocía, como la trampa, el terreno. Vio la milpa el mismo día, y cuando la tarde se acercó al rancho, Conejo arrimó su casa al camino, junto a la milpa. El sol siguiente no lo encontró dormido; antes que la mañana entrara completa abrió los ojos para barrer su casa, y durante todas las horas que siguieron llegó desde el monte, primero, el ruido del hacha, después el estruendo del árbol derribado: era que Conejo cortaba varales para cercar la milpa. Por allá mismo comió y después, antes que la noche manchara la tierra, amontonó los postes en torno de la milpa.

La fatiga lo mantuvo toda la noche, sin soñar, sobre la cama.

El tercer día lo vio agujereando el suelo y parando los postes. La milpa estaba al anochecer cercada.

—Ahora —dijo cuando sintió concluida la obra— iré a buscar a mis compadres para venderles maíz y exigir, adelantado, el precio.

El sueño varias veces fue cortado durante la noche, para pensar quién de todos sus compadres podría comprarle mazorcas; sentía en sus bolsas el dinero y palpaba la cama creyendo hallar junto a sí una de todas aquellas cosas que iba a comprar.

En la madrugada, del rancho corrió, bajo su último sueño, la raya roja del canto del gallo. Conejo abandonó la casa y fue siguiendo el camino que le trazaron los cantos sucesivos.

Las gallinas volaban del árbol en que durmieron y el gallo esperaba en el suelo, cuando Conejo llegó al rancho. Había una con cresta pálida.

—Ésta es clueca. A ella venderé las primeras dos redes—. Se acercó y le dijo:

—Comadre, yo sé: pronto tendrás hijos y te hará falta maíz para alimentarlos. Yo tengo algo de mazorcas. Pensé en ti y, si lo deseas, puedo venderte.

Convencida la clueca, le compró a doce centavos cuatro redes. Al despedirse le dijo su dirección, el nombre del día y el de la hora en que debía presentarse para recogerlas.

De vuelta a su casa, tropezaron sus miradas con el gato montés o gato astuto, como decimos en lengua nativa. Le

habló de las excelencias de la carne si se come con tortillas. El gato le compró dos redes. Sin cambiar de nombre el día que había dejado a la clueca, pero la hora una más tarde, Conejo se despidió dejando su dirección.

Por aquellos días eran amigos Coyote y Conejo, y aquél no podía faltar en los planes de su falso amigo; y Conejo se dio a buscarlo. El sol estaba bien alto y desmenuzado, el calor caía del cielo. Bajo los árboles dormían, cansadas, las sombras. Sobre una estaba echado Coyote. Conejo se acercó y, sin darle razones, le vendió cuatro redes. El día y el número de ellos sobre el mes no cambiaron de nombre; pero la hora fue dos más adelante que la hora de la clueca.

El tigre ocupaba el cuarto lugar en las mentiras de Conejo y quiso, antes que la noche le impidiera verlo, hablar con él para venderle las cuatro redes que le había asignado. Parecía que todo estaba vigilado por alguno, poderoso, y a favor del mal, cuyo representante era Conejo, porque las víctimas se encontraban fácilmente. El tigre salió a su encuentro alargando su pereza. Venía sin su ferocidad y Conejo, en el tiempo en que un hombre comete un crimen, le arrancó veinticuatro centavos. La dirección, el día y la fecha eran las mismas y la hora dos después de la de Coyote.

Su proyecto parecía decapitado, porque la noche cayó sobre el campo antes que el viejo cazador que diariamente lo cruzaba, pasara cerca de su casa. Aquella noche como pedazo de muerte, cayó sobre su sueño y no abrió los ojos hasta amanecer. En la puerta de su casa Conejo se sentó y la

dirección de sus miradas cambiaba constantemente. El cazador tenía que pasar y no tardó. De todos, el hombre es quien más necesita de maíz, y el hombre de este cuento compró, por su propio deseo, dos redes. Y rogó que fueran más, pero Conejo le hizo ver que no estaba al alcance de sus manos el engaño.

—Yo podría venderte más, pero sé que no tendré, llegada la hora, suficiente maíz para pagarte.

El cazador le tendió la mano y Conejo, antes de soltársela, le dijo, sin que mudaran de nombre, el día y la fecha, y la hora era la última dentro de sus proyectos. La fecha estaba lejana y la mata de maíz tuvo tiempo para crecer hasta colgar los brazos fuera del cerco. El mismo buey pasó otra vez por allí y le mascó el cogollo; y mata de maíz sin cogollo no puede beber agua y acaba muerta. Pero Conejo no tenía por qué apurarse después de haber pensado, toda una noche, el mal que iba a hacer. Así fue que esperó en su casa la fecha en que debían presentarse sus compadres. Se tendieron al sol varios días y otro se llamaba con el nombre que Conejo había dejado a sus amigos al despedirse; la fecha era la misma y la hora de la clueca avanzaba sin cesar hacia él. Con su hora, seguida de muchos pollitos, llegó la gallina. Al mismo tiempo que la clueca rogaba por él, Conejo pidió a Dios que la guardara; y esto equivalía en esos días a saludar.

—Siéntate. Y mientras descansas oye esta historia.

Y refirió una que la muerte impidió a la gallina transmitirnos.

Conejo habló lentamente, calculando que la historia no fuera más corta que una hora. De pronto dijo:

—Comadre, allá viene el gato montés.

Sabía de sobra que la clueca iba a temblar de terror. Quiso seguir contando, pero la pobre no oía nada, porque toda su atención iba revuelta en la súplica que hacía a su compadre para que la defendiera.

—No temas.

Y fue al rincón y volvió con un canasto grande. La clueca extendió las alas y sus pollitos se escondieron debajo de ellas. Conejo invirtió entonces el canasto. Caminó hacia la puerta y se encontró al llegar a ella, con el saludo del gato.

—Pasa —dijo acercándole el mismo banco para que se sentara. No le contó una historia, sino que se puso a bailar frente a él diciendo chistes.

—Déjate de cosas y dame el maíz, que hace varios días tengo mucha hambre.

—Figúrate, no he podido traer la cosecha, porque hace unos días despedí a mis mozos. Si no te molesta, entre los dos iremos a llenar tus redes. Si tienes hambre, ahí debajo de ese canasto tengo una clueca.

Conejo levantó el canasto y el gato descargó sobre la clueca y sus hijos toda su gula.

En tanto Coyote llegaba a la cita.

—¿Qué haremos? Coyote se acerca.

—Escóndeme, porque ese amigo si me encuentra me mata.

Conejo escondió a su compadre debajo del mismo canasto.

No bien acababan de saludarse cuando el acreedor que acababa de llegar, dijo:

—Vengo por mi maíz.

—Ha llovido mucho y por eso el camino está lleno de lodo, y el lodo es blando y las patas se pierden en la tierra. El maíz pesa y el lodo pesa más todavía. Por esas razones no me ha sido posible traer la cosecha a la troje... No te enojés. Pronto cumpliré mi palabra y mientras, oye esta historia.

Coyote hubiera dormido oyéndola, porque de todos los animales es él quien más gusta de los cuentos, si no fuera porque el hambre le gritaba.

—Bueno, pero yo quiero comer y no puedo esperar más. Y Coyote estaba lleno de enfado.

—Por eso no te apures. ¿Quieres comer el gato que escondo debajo de este canasto?

Coyote, sin contestar, él mismo empujó el canasto y devoró al gato. Se lamía la boca cuando Conejo dijo:

—¿Cómo están de amistad tú y el tigre?

—Muy mal.

—Pues brinca al tapanco, porque el tigre está a unos pasos de aquí.

Y Coyote, pálido de miedo, saltó al tapanco. Antes que el tigre, entró hasta el fondo de la casa su saludo. Conejo devolvió uno más dulce que el que acababa de recibir y dijo, acercándole el banco:

—Siéntate.

—Gracias; pero tengo prisa y no puedo detenerme mucho tiempo.

Conejo dijo entonces una disculpa en cuya elaboración estaba presente todo su talento. Las palabras salían desmayadas y la disculpa tardó largo tiempo en aparecer íntegra.

—Comprendo que traes mucha hambre y, aunque me lastime mucho, te daré mi perro para que te la calme.

Y el tigre dio fin con el compadre escondido en el tapanco.

El cazador, llevado por sus pasos largos, iba haciendo más y más corta la distancia que lo separaba de la casa. Cuando más tranquilo estaba el tigre, Conejo dijo asomándose a la puerta:

—¡Dios mío! El cazador viene hacia nosotros. Súbete rápidamente a ese árbol. Yo le diré que por estos rumbos no hay animales que cazar.

Cruzaron el deudor y el acreedor un saludo lleno de amabilidad.

—Vienes por tus mazorcas; ya lo sé. Pero con toda franqueza te digo que mi sembrado lo destruyó un buey. Para que mi culpa sea menos grande, he conseguido detener para ti, desde hace unas horas, a ese tigre.

El cazador levantó la cabeza y vio, sobre las ramas de un árbol cercano, al tigre. Le disparó su fusil y la caza pesadamente cayó a sus pies. La noticia de la muerte del tigre recorrió las rancherías y todos los hacendados buscaron al cazador para premiarlo: aquel tigre devoraba en gran número los becerros. Y cada uno le pagó con una parte de su hacienda aquella acción.

El cazador fue rico. Y perdonó a Conejo la deuda.

Conejo y Coyote



CERCANO a un pueblo, junto a una casa, un sembrador tenía legumbres en su huerta. Y sucedía que todas las noches, alguien robaba gran cantidad de chiles y tomates. Abría bien los ojos y toda su labor cabía dentro de ellos; pero nunca pudieron ver al ladrón, aunque sospechaba que éste fuera Conejo.

El labrador fue a ver al cura del pueblo para preguntarle qué debía hacer. El cura le aconsejó esto que en seguida se va a contar.

El labrador tomó su hacha y en el monte buscó hasta encontrar miel de abeja silvestre. La intención era hacer con cera negra un hombrecito y ponerlo de pie a mitad del sembrado. Caía brasa sobre la tierra, cuando el hombre abandonó al fantasma bajo el sol. Con el fuego del medio día la cera se ablandó. Cuando llegó la noche a casa del labrador, Conejo entró al sembrado. Atrasando y adelantando simultáneamente las orejas, al ver al fantasma, dijo:

—No vengo a robar, sino a pedir un tomate.

Pero el negrito no movió la boca. Conejo volvió a pedir una y otra vez; y como no le contestara le dio un golpe en la cara y se le pegó la mano.

—Suéltame o te mato.

Pero el negro permanecía mudo. Conejo le pegó con la otra y, lo mismo que su compañera la derecha, sobre la cera blanda se adhirió.

Los hilos de la angustia le buscaron el corazón para anudarse, pero no lloró ni la súplica subió a sus labios. Al contrario, maldijo, amenazó y, al final, dio de golpes hasta pegarse todo.

Aquella noche, por no haber vuelto a su madriguera, Conejo no se encontró con el sueño. Y lo mismo vio a la obscuridad regar sus estrellas, como a la luz recogerlas. Olía como flor la mañana, cuando llegó a su sembrado el labrador. Entonces en el alma de Conejo la esperanza de salvación desapareció.

En una red lo llevaron a su casa, y en un árbol, a la espalda del jacal, lo amarró el hombre. El jacal estaba perdido en el monte y si no fuera porque el hacha les cortaba los pies, los árboles habrían pasado por él hacía mucho tiempo. Y con todo, estaban muy cerca.

Por el monte se acercaba, aullando de hambre, Coyote. Pero nosotros le tenemos miedo a Coyote porque, a pesar de llevar una cruz en la frente, es perro del diablo. El hombre atrancó su puerta lo mismo que si Coyote fuera la muerte y anduviera suelta. Por robarse un cerdo se acercó demasiado a la casa y, sin pensarlo, tropezó con Conejo.

—¿Qué haces dentro de esa red?

—Ésta es casa de mi amigo. Estoy dentro, porque es una vieja forma de tratar a las gentes queridas. Aquí me darán, para comer, carne asada, y para beber, chocolate.

Todo esto lo dijo con gran satisfacción, despreocupado, sabiendo que Coyote tiene positiva debilidad por la carne asada y por el chocolate. Y Coyote terminó por suplicar que le permitiera entrar con él y que le diera un poco de aquellas dos cosas.

—No puedo hacer eso. ¿Qué pensará mi amigo? Diría que el invitado soy yo solo, sin amigos.

Pero Conejo se negaba nada más para hacer más grande el deseo de Coyote; por eso le dijo después de muchos ruegos:

—Está bien. Entra.

Coyote entró y, cuando estuvo adentro, Conejo volvió a decir:

—Voy a avisarle a mi amigo que te he invitado: así agregará una ración más. Si me tardo no te aflijas; si oyes que dicen el asador piensa que es la carne; y si el agua caliente, que es el chocolate.

Y desapareció arrastrando una cola de silencio.

Al cesar el aullido de Coyote, en la cocina se preparó el asador y el agua empezó a hervir. Un momento después, de allá llegaron con el asador y el agua caliente. Vaciaron el agua sobre Coyote; el pobre rompió la red y aullando corrió por los llanos hasta que el ardor dejó de seguirle.

Desde aquí, Coyote odia a muerte a Conejo y lo busca por todas partes para vengarse.

Era de noche. El ruido al pie del monte con lazo corto estaba amarrado. Ahora Conejo llega a un lago. Hasta aquí lo seguía el recuerdo de su maldad de la mañana, pero por mirarse en el agua lo olvidó. Al mismo lago llegó Coyote y, como el gato cuando pasa sobre el lodo, caminaba en las puntas de los dedos, sólo que él no por miedo, sino por no despertar al ruido. Conejo lo sintió cuando Coyote estaba muy cerca y le alargaba una mano sobre el lomo. Quiso romper el agua, pero, a pesar de saber tantas cosas, Conejo no sabe nadar. Así fue que no intentó huir.

—¿Recuerdas lo que hiciste esta mañana?

Y Conejo contestó:

—Yo no fui. Tal vez sería mi hermano, a quien me parezco mucho.

—Dime, ¿que te gusta más, el queso o la carne? Fíjate bien. Yo soy pequeñito y lo único que conseguire es despertarte más el hambre.

—El queso, pero a ti no por hambre, sino por venganza te he de comer.

—Está bien, pero primero comeremos el queso.

Y le enseñó la luna caída en el agua.

—Es muy fácil: tomaremos primero el suero hasta secarlo y entonces el queso será nuestro.

Y uno del lado del otro se inclinaron a beber. Pero Conejo sólo bebió unas gotas; después, inclinado, simulaba tomar. Coyote, tonto hasta más no poder, bebió desesperadamente hasta que el agua empezó a salirle. Entonces dijo:

—Tápame.

Conejo fue por hojas y le puso el primer tapón. Después el suero buscó salida por las orejas y nuevas hojas las taparon. “Yo podría huir desde ahora, decía sin mover la boca Conejo; pero quiero verlo estallar.” Y regresó con nuevas hojas para cerrar a Coyote los ojos y las fosas nasales. Ya estaban cerrados todos los veneros. Había que esperar que estallara. El agua alargó la piel hasta romperla. Conejo dijo entonces:

—He vuelto a engañarte.

Y desapareció.

Coyote estuvo varios días enfermo. En su escondrijo sólo las moscas llegaron a verlo. Y la idea de su venganza daba vueltas en torno de su madriguera, hasta producirle vértigo. El destino le guardaba una forma de muerte distinta y bien pronto cerraron sus heridas. Otro día, entero como cuando había nacido, dejó su casa para buscar a su enemigo. Conejo, por su parte, confiaba enteramente en su inteligencia y en la rapidez de sus patas para defenderse. Pero no por eso sus amplias orejas no estuvieron atentas al ruido que arrastraba el aire. Y las dos hojas transparentes iban y volvían a su sitio.

Era el medio día, cuando Coyote llegó al pie de un pitahayal. En una rama estaba su enemigo y le dijo:

—Baja. Hoy no tienes salvación.

—No seas tonto, ¿quieres comer pitahayas?

—Sí, pero después te como a ti.

—Abre la boca y cierra los ojos.

Conejo soltó entonces, una tras otra, dos pitahayas descascaradas; pero la tercera, erizada de espinas, hizo gritar de dolor a Coyote, y abrió los ojos: vio, a esa hora, a Conejo huir, orgulloso de haberlo engañado por tercera vez.

Coyote arrojó la pitahaya. Manchó el suelo al huir, con la sangre que le caía de la garganta. En un charco de agua bebió para lavarse la herida. En la noche durmió pesadamente. Desde temprano, al día siguiente, sojuzgó la montaña en busca de Conejo. Cansado, se detenía por momentos, casi quería dejar por ahí tirado su deseo de venganza, pero la rabia era mayor que el cansancio. Y otra vez se soltaba a caminar. Antes que su fatiga pesara más que su coraje, se encontró frente a frente con Conejo; éste lo había visto antes; caminó hasta el pie del cerro cuya falda pisaba; levantó la mano y la puso contra una piedra grande y dijo no bien llegaba Coyote:

—Tú sabes lo que haces; lo cierto es que si aparto la mano de esta roca el mundo caerá sobre nosotros.

Coyote llamó hacia su sitio la mano que había adelantado; en sus ojos tembló una mirada de miedo y creyó la mentira de Conejo. Y no sólo, sino que, al ser invitado para ayudar, ofreció la desocupación de sus manos. Conejo bajó la mano que él decía cansada y dijo:

—Voy a buscar una reata para lazar esta roca y detenerla desde el otro lado.

Todo estaba preparado de antemano y no sólo lazó la roca, sino también a Coyote. Amarró la reata al pie de un árbol y se retiró sin dejar rastro.

Al darse cuenta del engaño Coyote mascó la reata y con más saña que las otras veces, y jurando no permitir otro engaño, persiguió el resto de aquel día a Conejo. La noche vino para ser aliada de su enemigo y Coyote renunció a adivinarlo en la obscuridad y se retiró a dormir.

Apenas la mañana aclaraba el aire, Coyote, con el coraje amontonado en la boca, anduvo por llanos y llanos en busca de Conejo.

Había revuelto con los ojos todos los sitios menos aquel carrizal, desteñido por la sed. Hacia allá se dirigió su imaginación; buscó el centro y sus pies lo llevaron allá para recogerla; con su imaginación estaba Conejo, quien no tuvo tiempo para correr.

—Hoy, es definitivo.

—Tú sabes que el día más grande de nuestra vida es aquel en que nos casamos. Figúrate, estoy solo y a nadie tengo para que salga al encuentro de mi novia, quien no tardará en llegar. Quédate en mi casa; yo mismo voy a encontrarla. Cuando estemos juntos habrá un gran banquete en el que se beberá todo eso que a ti te gusta. Oirás cohetes en señal de que la música y nosotros nos acercamos.

—Está bien.

Conejo salió a la orilla del carrizal, hasta donde había dejado la palma seca; la encendió, y arrastrándola, dio vueltas en torno. Y los carrizos empezaron, al arder, a tronar, y Coyote decía:

—Ya vienen Conejo y su novia.

La llama en tanto, retorciéndose, avanzaba rápidamente. Al ver de cerca el fuego Coyote lloró de miedo, y al huir, la llama le lamió el cuerpo. Buscó agua y en ella mojó sus quemaduras.

Conejo le siguió entonces de cerca para gritarle:

—Adiós, tío quemado.

Y montado en la rapidez de sus patas burlaba la ira de su víctima. Pero el temor se enfadó de vigilar y cuando Conejo se dio cuenta, unas horas más tarde, Coyote le pisaba la sombra. Conejo dijo antes que nadie:

—Lo que con más ansias he deseado, acabo de conseguirlo. He sido nombrado maestro de escuela. Dentro de esta casa blanca llena de ventanas he empezado a dar clase; hace poco les he puesto una tarea en silencio y por eso mis alumnos no hablan...

Y levantó el índice para señalar un panal.

—Hazte cargo de estos niños; así tendrás un poco de esta alegría a la que todos tenemos derecho. Después, con el hambre que sigue al trabajo comerás de mi carne.

Coyote aceptó hacerse cargo de la escuela y Conejo, al despedirse con el objeto de comer y descansar, le dijo:

—Si oyes que levantan la voz, con esta regla golpea la rama indicándoles que deben callarse.

Se fue, pero al irse movió el árbol y las avispas, despiertas, empezaron a zumbear. A esa hora Coyote cumplió la orden y las avispas le clavaron, cada una, la espina de su cola.

Ciego de ira y de los ojos por la hinchazón de los párpados, arrastró varios días el recuerdo de su afrenta; pero la

experiencia no se adquiere si no la da toda la inteligencia, y lo cierto es que Coyote es tonto toda la vida. Varios días y sus noches estuvo pensando la forma de venganza que debía tomar y llegó a esta resolución:

—No lo dejaré hablar. Cuando quiera defenderse será tarde.

Con este propósito se entregó a la tarea de buscarlo.

Conejo no perdió un solo instante. Al dejar la escuela a cargo de Coyote se dio a buscar a otros conejos para que, cuando su enemigo lo encontrara otra vez, pusiera en práctica una nueva forma de engaño. Como Coyote, conocía todas las madrigueras y no tardó mucho en hablar con varios conejos:

—Coyote, enemigo de ustedes y mío, me ha dicho, la última vez que nos vimos, que tiene el propósito de dejar la selva limpia de nosotros. Es necesario ponernos de acuerdo; de lo contrario, uno a uno va a destrozarnos ese maldito animal.

Y sin despedirse desaparecía. Pero conejo con quien acababa de hablar ya no se apartaba de él.

Cuando encontraba otro, le decía lo mismo y éste se agregaba.

—Yo iré por el camino, y tú por la orilla del monte. Si encontramos a Coyote, ya hablaré para decirle que de sobra sabe que corre más que nosotros, y le pediré que nos dé el gusto de morir corriendo, ya que correr es para nosotros el placer más grande. Entonces ustedes se colocarán de trecho en trecho a lo largo del camino. Cuando llegue junto al

primero, éste salta a la mitad del carril, para correr hasta donde se encuentre el otro, quien se encargará de llenar el vacío que lo separe del tercero, y así habremos de cansarlo.

Anduvieron largo tiempo y al llegar a un sitio donde varios caminos se encontraban, Conejo dijo a sus amigos:

—Descansemos. Tarde o temprano, pasará por aquí.

Por aquel sitio pasaron todos los habitantes de la selva; pasó el ganado manso, arreado por los pastores negros de los tábanos. Coyote vino después. Conejo, a diferencia de las otras ocasiones, salió a su encuentro y le dijo:

—Me he dado cuenta de mi culpa, y yo mismo reconozco que tienes razón.

Repitió lo mismo que había dicho a sus amigos: que quería morir después de correr.

Ahora los otros conejos se colocan como él había explicado: uno delante del otro, a la orilla del monte. Empieza la carrera y unos metros después del punto de partida, Conejo dobla la dirección y su primer amigo salta a la mitad del camino, toma la velocidad para llevársela al siguiente. Coyote gritaba:

—¿Dónde estás?

—Aquí —contestaba adelante una voz que se iba pasando como estafeta; así corrieron hasta cansarlo.

Cada vez era más difícil hallar una mentira lo suficientemente parecida a la verdad para engañar a Coyote, y Conejo estaba dispuesto a esconderse hasta que la ocasión de acabar totalmente con su amigo estuviera junto a ellos.

Moría el día y el ganado buscó la playa para que el viento espantara a los tábanos y pudieran dormir. Conejo no quiso quedarse en la selva y salió también a la orilla del mar. También Coyote llegó, el último, a la arena. Conejo lo vio venir y le gritó desde lejos:

—¿Quieres comer una ternera? Conmigo no te metas; mira que lo único grande que tengo son los ojos y las orejas. Yo podría detenerla, pero me falta cola para amarrar la reata. Como tú la tienes, serás el caballo y yo el jinete que la lace.

—Aceptado.

Y Conejo entró al monte y volvió con un bejuco largo y dos espinas de escanal, que iban a servirle de espuelas. Con una gasa abierta, Conejo montó sobre Coyote y éste dio rienda suelta a su velocidad sobre el ganado. Pero Conejo no lazó a una ternera sino a un toro, y el toro, arrastrándolo, lo hizo pedazos. Aquí quedó una pata, allá la cola, más adelante la cabeza...

Así terminó la historia de Coyote y Conejo, quien desde lejos observó todo. Y fue regando, libre de enemigo, entre todos los animales, la historia, y nosotros ya no pudimos averiguar de quién la supo el primer hombre que la contó.

Conejo y Lagarto se hacen enemigos



SI ESTA historia hubiera ocurrido en la época en que los días y los meses ya tenían nombres, el mes se llamaría abril.

Sucedió lo que sucede en los meses secos del año, que las aguas fueron encojiéndose más y más hasta que en la plana blanca del Mar Muerto sólo había una charca. El agua quiso salirse; pero la detuvo, cerca del monte, un mangle. Las raíces de este árbol estaban en el aire y el agua a sus pies era honda. Pero el calor persistió y a mediados del mes siguiente la profundidad era menor que una cuarta. Entonces se supo que allí vivía Lagarto, porque la mitad de su cuerpo áspero se quemaba al sol.

Había dos raíces paralelas por donde, en los buenos tiempos, Lagarto pasaba una y otra vez.

Un día bajó a sus ojos el recuerdo de ese juego y quiso repetirlo; pero el medio cuerpo seco detuvo a mitad el ejercicio.

Cuentan que lazado en lo hondo del río o del mar, varios bueyes no podrían arrastrarlo a la orilla: tanta es su fuerza. Pero esta vez el caso era otro y no pudo romper las dos raíces que lo detenían.

Allí habría muerto, si el burro no tuviera cuatro piedras por cascos, para no quemarse las patas. Nadie que no fuera él pudo haber llegado pisando la brasa blanca donde Lagarto se encontraba, y quien al verlo le dijo:

—¿Dónde vas, amigo?

—Ando —dijo— buscando un poco de agua dulce desde hace varios días. Quiero atravesar la playa porque he oído decir que del otro lado hay muchos arroyos.

Y señalaba a lo lejos una línea verde de monte.

—Aparta ese pensamiento de tu cabeza.

El burro, sin contestar, dejó aquel pensamiento.

Lagarto continuó:

—Sé dónde, aquí cerca, hay bastante agua. Si tú me ayudas a salir de este lugar, en poco tiempo estaremos allá.

El burro rompió la sujeción en que se hallaba y lo apartó de las raíces.

Lagarto no tenía fuerzas para arrastrarse y el burro, con el corazón blando por el llanto de su amigo, se tendió en el suelo. Lagarto se echó sobre las espaldas del burro y empezaron a andar.

Cuando llegaron a la boca que el camino había abierto en el monte, el sol estaba un poco más bajo.

El burro no sabe de bridas: la docilidad la presta pero no la da, y muchas veces, cuando el hombre más la necesita, la recobra. Y ese día menos pudo darla, porque Lagarto ocupaba las manos para detenerse. El hombre guía al burro cerrándole con una rama el ojo opuesto a la dirección que necesita

y el burro sigue entonces el camino extendido ante el ojo abierto. Pero la cabalgadura y el jinete, ese día, hablaban las mismas palabras, y Lagarto, desde arriba, tiraba sobre cada nueva dirección una palabra y el burro la seguía.

Después de tanto caminar, un olor desprendido del agua y rizado por el aire se escapa por el sendero para encontrarlos.

Lagarto dijo:

—Ya estamos cerca.

Y el burro, sin hablar, extendió el cuello para beberse el aire, como si fuera un chorro líquido. Olvidó el paso corto y el trote le bajó a los pies. Persiguiendo la hora que corría ante sus ojos, corrió después hasta llegar al aguaje. El círculo de agua, por inmóvil y por el bien que regalaba, parecía un pedazo de cielo caído.

Otra vez el burro se echó al suelo. Lagarto dijo:

—Gracias.

Y el agua, como espantada, corrió en ondas a la orilla.

El burro también bebió.

El temor de perderse, desde esa tarde, con cabestro corto, lo mantuvo cerca. Había huellas en torno del agua y el burro se dio cuenta que de todos los habitantes del campo, sólo él desconocía aquel sitio.

Tres veces, mientras había sol, llegaba a beber, pero ni de día ni de noche volvió a hablar con Lagarto.

La tarde en que el burro llevó a Lagarto al aguaje, no estaba muy lejos, pero la gratitud, de tan lejana, no se distinguía. Y en la hora igual del día siguiente, a aquella en que se

encontraron a mitad del calor, Lagarto, que desde mucho esperaba sin moverse a la orilla del agua y bajo de ella que el burro bajara a beber, le mordió, al inclinarse, la trompa.

—¿Es así como se paga un favor? —preguntaba desolado el burro.

—Yo no sé, pero tengo hambre.

En esto llegó un buey y el burro dijo:

—Amigo, di si es justo que Lagarto pague mis servicios de este modo.

Y contó hasta aquí la historia que estoy contando.

Cuando aquel buey era joven y arrastraba el trabajo en surcos, sobre las tierras de labranza, sus amos lo quisieron mucho; pero cuando pisó la vejez, lo arrearón de la casa. Así fue que contestó:

—No es justo, pero sucede así.

Con esta razón, Lagarto volvió a decir:

—¿Ya oíste?

Era el momento en que se bebía, y una tras otra estaban llegando las bestias. Aún no se marchaba el burro y el caballo estaba entre ellos.

—Amigo, di si es justo que me pague mal el favor que me debe.

Y el burro contó, otra vez, la mitad de esta historia.

El caballo, por viejo, tenía un pasado parecido al del buey. Él también había dejado, contra toda su voluntad, la casa de sus amos el día que sintió un achaque y dijo:

—No es justo, pero así sucede.

—No tiene vueltas, ha llegado tu hora.

Apenas acababa de oírse esto, cuando Conejo llegó junto a ellos. Con una falsa despreocupación mordía el agua.

Habló el burro y Conejo dijo cuando dejó de contar:

—Dime: ¿es cierto que hablaste o me lo estoy figurando?

—Sí, te he contado una historia y he preguntado al final si es justo que Lagarto pague con un mal el bien que le di prestado.

—Si ustedes lo permiten, iré a mi casa para consultar mis libros. Está cerca, y antes que esta saliva se seque estoy de vuelta.

—Está bien —contestaron en una sola vez.

Y Conejo corrió con el permiso.

Permanecía mojada la gota que dejó Conejo sobre la arena seca, cuando volvió.

—He consultado mis libros: ellos dicen que es indispensable que vayamos al lugar de los hechos. Desde luego tú tienes razón —dijo mirando a Lagarto.

El burro cargó hasta el pie del mangle al amigo ingrato. Entre las dos raíces paralelas Lagarto se mantuvo en el aire.

El juez preguntó entonces:

—¿Así te encontró?

—Sí.

—Pues así que te deje.

Y uno al lado del otro, el burro y Conejo corrieron parejas hacia el monte.

Lagarto estaba dispuesto, desde ese instante, a vengarse de Conejo y echar a rodar, por el precipicio de la violencia, la piedra de su ira. Pero la venganza todavía no ha ocurrido.

Índice



	<i>Pág.</i>
<i>Prólogo</i>	7
Luis Cardoza y Aragón	
<i>Introducción</i>	21
Andrés Henestrosa	

Dioses, santos y reyes



■ <i>Binigundaza</i>	27
■ <i>La confusión</i>	35
■ <i>Imagen de Prometeo</i>	39
■ <i>La lluvia</i>	45

Los dos caminos



■ <i>La campana</i>	53
■ <i>Bendayuuze</i>	57
■ <i>El lago de Santa Teresa</i>	61

	<i>Pág.</i>
■ <i>Fundación de Juchitán</i>	65
■ <i>Mudubina y Stagabeñe</i>	67
■ <i>El Niño Dios retorna</i>	71
■ <i>La sirena del mar</i>	73
■ <i>La flor del bigo</i>	75
■ <i>El murciélago</i>	77
■ <i>Bigú</i>	79
■ <i>La cigarra y la iguana</i>	81
■ <i>La abeja</i>	83
■ <i>Del pez que cenó San Juan</i>	85
■ <i>La tortuga</i>	87
■ <i>Para-guyeu</i>	89
■ <i>La milpa salva a Jesús</i>	91
■ <i>La golondrina</i>	93
■ <i>El olivo</i>	95
■ <i>El carrizo</i>	97
■ <i>El plátano</i>	99
■ <i>La urraca</i>	101
■ <i>El pájaro carpintero</i>	103
■ <i>La langosta</i>	105
■ <i>Los árboles y la sequía</i>	107

Cinco relatos de animales



	<i>Pág.</i>
■ <i>Dios castiga a Conejo</i>	111
■ <i>Conejo agricultor</i>	117
■ <i>Conejo y Coyote</i>	125
■ <i>Conejo y Lagarto se hacen enemigos</i>	137

Los hombres que dispersó la danza, se terminó de imprimir
en la Ciudad de México durante el mes de julio del
año 2009. La edición, en papel de 75 gramos,
estuvo al cuidado de la oficina
litotipográfica de la
casa editora.



